

Memorias

Alfredo Cortázar Toledo

Algunos Apuntes Para Mis Hijos

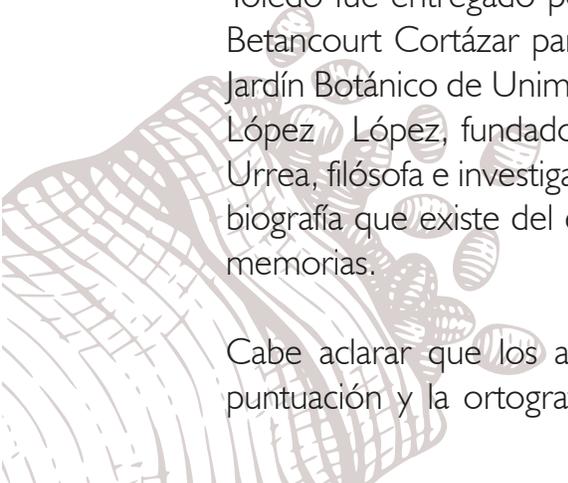
Transcripción:
Héctor López López & Nicol Julieth Rodríguez Urrea





Prólogo

Tengo el honor de presentar estas memorias del doctor Alfredo Cortázar Toledo, ilustre mesuno distinguido en tantos cargos públicos en los que ejecutó diversas labores en los departamentos de Cundinamarca y Valle del Cauca. El doctor Cortázar fue penalista, agricultor, fundador de pueblos, funcionario público, pero, ante todo, se desempeñó como el primer gerente de la Federación Nacional de Cafeteros, una de las mayores entidades de las que nos sentimos orgullosos los colombianos. Estas memorias inéditas hasta el momento, las inició el doctor Cortázar en 1934 con la intención de dejar algunos apuntes para sus hijos, y luego las continuó y terminó por solicitud de su hijo Alfredo en 1975 a los 86 años. Estoy seguro de que ellas aportarán a los investigadores, a los cafeteros, y a los lectores en general, valiosa información desconocida hasta el momento para la historia de Colombia.

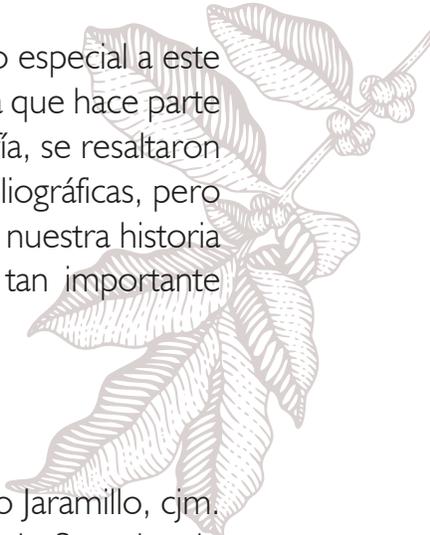


Después de una exhaustiva búsqueda de los descendientes del Dr. Cortázar con ocasión de la celebración de los 90 años de la Federación, quienes querían hacer un homenaje a su primer gerente, finalmente se alcanzó el objetivo. Luego de un primer contacto, y de haber aclarado las intenciones académicas, el diario del Dr. Cortázar Toledo fue entregado por su hijo Alfredo Cortázar Díaz y su sobrino nieto Andrés Betancourt Cortázar para su conservación y estudio, al Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto. Así mismo, se transcribió por el profesor Héctor López López, fundador y director del Agro Parque y por Nicol Julieth Rodríguez Urrea, filósofa e investigadora del mismo. También ellos son los autores de la primera biografía que existe del doctor Alfredo Cortázar Toledo, la cual se publica con estas memorias.

Cabe aclarar que los autores únicamente han modificado en el texto original la puntuación y la ortografía, respetando al máximo la narración del autor. Además,

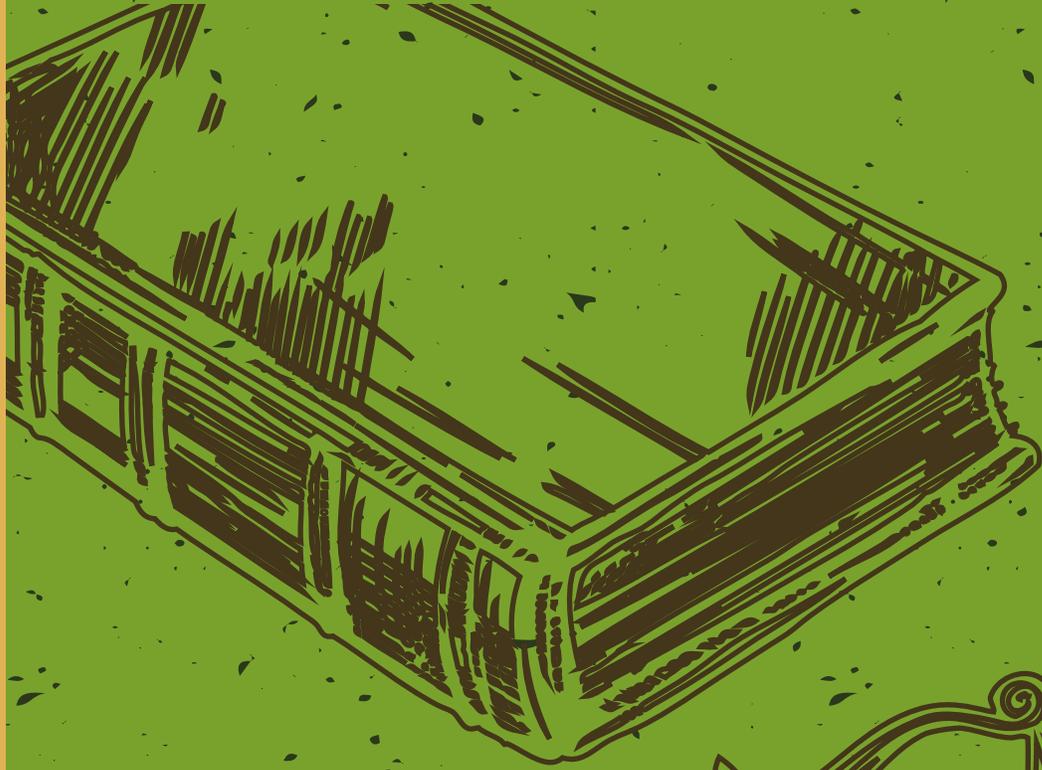


dentro del Agro Parque Sabio Mutis se encuentra un reconocimiento especial a este connotado personaje en la Casa Museo del Café, teniendo en cuenta que hace parte de la historia y cultura del café en nuestro país. En cuanto a la biografía, se resaltaron los aspectos más importantes de su vida, utilizando varias fuentes bibliográficas, pero muy especialmente este diario. Por lo cual, invito a los estudiosos de nuestra historia y a los lectores en general, a ampliar su visión sobre la vida de tan importante hombre del siglo XX.



P. Diego Jaramillo, cjm.
Presidente del Consejo Superior de
la Corporación Universitaria Minuto de Dios
UNIMINUTO





Contenido

Prólogo

I La Casona

A mis hijos

II Mi padre

III – Mi Madre

Mis hermanos

Un recuerdo de los albores de mi niñez

Mis primeras letras

Las cosas providenciales 1975

Sobre el Capítulo I – La Casona

Sobre el Capítulo II. Igual Mi Padre

Sobre el Capítulo III – Mi Madre

Sociedad de derecho penal

Viaje a Chita

Fundación de la Federación Nacional de Cafeteros

Paseo al Valle del Cauca

MIS HIJOS





I La Casona

En la ciudad de La Mesa, en el departamento de Cundinamarca, de la República de Colombia, había un sitio pintoresco llamado “El Picacho” I. Es una esquina de la gran meseta donde está edificada la ciudad. Dista casi un kilómetro de la plaza principal, en las noches silenciosas de invierno, el Tequendama lleva hasta allí su estrepito. Cuando Bochica rompió las rocas para dar salida a las aguas de la Gran Sabana, debió inundar hasta las faldas de “El Picacho”, cortadas a tajos, pero allí se detuvo. Muy cerca de la falda que tiene unos 150 metros de profundidad, había una casa muy grande de tres flancos con un gran patio interior y un huertecillo de mangos, café, naranjos, pomarrosas, plátanos y otras plantas propias del clima (22 a 23°). En el flanco del frente había una salita pequeña y otra muy grande que servían de lugar de juego de los chicos, en el flanco oriental un cuarto oratorio lleno de retablos, de imágenes de vírgenes, de Cristos. Era el lugar sagrado de la casona. El comedor espacioso con una mesa para diez comensales que no eran menos los que allí se sentaban. Atraídos por las frutas del huerto, los pájaros se exponían a las “flechas” a cambio del sustento. Lejos del bullicio de la ciudad, en aquella esquina de la gran meseta, donde se oía el estrepito del río Bogotá de corriente impetuosa, mi padre había construido la casona, rica en aire, rica en luz, donde yo nací el 17 de marzo de 1890 siendo el octavo de la prole y allí nacieron tres más.

De esta casa no queda hoy sino las ruinas: piedras diseminadas aquí y allí, maleza, desolación, recuerdos. Solo perduran los grandes mangos y los pequeños arbustos, todo se acaba.

I Antes “Venta del aire”



A mis hijos

En una noche de enero de 1934, resolví empezar a escribir estos apuntes que son un recuerdo del más cariñoso de los padres. Es mi deseo que lo conserve el mayor de mis hijos o el que primero forme su hogar, y que lo pase a sus hijos como recuerdo de su abuelo.

Lo que aquí escribo es lo que a diario pasa por mi mente; son mis recuerdos, y mis recuerdos son mi vida. Llevó cuarenta años y no pesa sobre mi corazón ningún remordimiento. Esta es la mayor felicidad de haber vivido, de vivir y de seguir viviendo. No creo que nadie haya sufrido por mí, aunque yo he tenido que sufrir por otros.

Bienes de fortuna, ni muchos ni pocos que estos duelen y aquellos escuecen. El dominio sobre sí mismo es la mayor riqueza y con ella se gana el mundo y se gana el cielo. Cuando yo he tenido ese dominio, he triunfado.

Alfredo Cortázar Toledo





II Mi padre

Oriundo de la ciudad de Cartago, don Jesús Cortázar nació en el año de 1839. Fustigado en su juventud por el “perrero” de los liberales que con tanta saña pretendían exterminar a sus contrarios, tuvo que refugiarse por once meses en las montañas. De allí salió para la guerra civil combatiendo con el general Henao en la batalla de Santa Bárbara. Hizo la campaña del 60, y militó luego con el general Casabianca quien lo hizo capitán por una célebre acción de armas en el Tolima (Saldaña). Se radicó luego (quizá después de 1870) en El Espinal, más tarde en la célebre factoría de Peñalisa de los señores Nietos. Hacia el año de 1875 se instaló en La Mesa con su negocio de mercaderías y allí se casó en abril de 1876.

Fue un gran luchador, levantó a su familia con esfuerzos constantes, sin mayor riqueza. Tres de sus hijos se doctoraron y uno murió cuando le faltaba solamente un año para serlo.

Las guerras civiles lo batieron con crudeza inaudita. En 1902 las huestes liberales entraron y se llevaron todo sin dejarle una camisa. Su almacén fue saqueado totalmente. Sin embargo, nunca conoció el desmayo. Vigoroso, siguió su camino coronando con éxito la vida.

De carácter bondadoso, fue hombre querido y respetado por cuantos le conocieron. Nunca le conocí un enemigo, de su boca no vi jamás una crítica, jamás lo vi enfermo. Solamente en los días de su muerte. Fue el católico más sincero y a los 87 años estaba tan enamorado de mi madre como el día del matrimonio. Fue un santo y murió como tal. Mi mayor orgullo es ser hijo del mejor de los hombres y del más bondadoso de los padres. ¡Cuánto me quiso! Murió el 21 de julio de 1926 en Bogotá.



III – Mi Madre

Quizá el mayor talento de mi padre lo tuvo en la difícil tarea de buscar su compañera. Cuenta él que al ver por primera vez a mi madre se dijo: con esta si me caso, y puso en ello el mayor empeño. Con su figura arrogante, su conversación agradable y sus modales propios de un caballero, herencia de sus antepasados entre los cuales se contaba el oidor Cortázar, quien el 20 de julio de 1810 fue a llevar al virrey las nuevas del cabildo abierto, con esas buenas cualidades digo, cautivó lo que él pretendía. Mi madre Doña Clotilde Toledo, no había cumplido entonces los 18 años y, según él, era la más bella de las muchachas de su edad. Con el apoyo de mi bisabuela Doña Eloísa de Fernández y con la oposición de mi abuela Doña Martina de Toledo, se unieron en matrimonio católico en abril de 1876, habiendo, horas antes, contraído matrimonio civil según la ley civil de entonces.

Fue mi madre la gobernadora de la casa y la educadora de sus hijos. Nuestra buena suerte, la de los Cortázar Toledo, la debemos a la sapiencia de mi madre y al ejemplo de mi padre. Para decir de ella lo que se debe, basta afirmar que en 49 años y tres meses de matrimonio conservó intactos la paz del hogar y el amor de su marido. Jamás hubo entre ellos el menor disgusto.

La ambición para sus hijos fue su estrella, su guía. No hubo desmayos. En las épocas de pobreza, pudo haber escaseces, pero nunca faltó para pagar los colegios. Así hizo cuatro doctores y hubiera hecho 6 si no hubiera sido por la guerra civil del 99 que tronchó la carrera de dos de mis hermanos.

Católica como mi padre, ha sido un ejemplo de virtudes no solo para su familia, sino para cuantos la han conocido. Ella, para todo el mundo ha sido una madre. Como el padre Almanza, solo ha encontrado el lado bueno de las acciones de sus semejantes. Su bondad ha sido el cofre de sus riquezas. Una vez un hombre le robó su máquina



de coser, mi padre lo persiguió y lo aprehendió, dejándolo encerrado en una pieza de la casa mientras iba a llamar a la autoridad. Mientras tanto el ladrón le pidió perdón a mi madre y le habló de su mujer y de sus hijos. Ella, con su gran bondad, le abrió la puerta, le dio dinero y le dio libertad. Ese es su retrato.

Hoy, a pesar de sus 76 años y de sus achaques de salud, es la adoración de sus amigas. Ha sido la mejor de las suegras.

Dios me conserve mi viejecita, la mejor de las madres, la más virtuosa de las mujeres y la que ha ocupado y ocupará el primer puesto de mi corazón.



Mis hermanos

De este matrimonio, puro, sin mancha, ejemplar como no hay otro, nacimos once hijos:

Nicanor, abogado de la Universidad Nacional; fue juez del circuito en Fusagasugá, gran comerciante y buen agricultor. Casó con Rosa Urdaneta en el año de 1918 y son sus hijos Beatriz, Rosita, Antonio, Guillermo y Alicia.

Julia. En 1901 o 1902 se entró de hermana de la caridad, tomando el nombre de Hermana María San Joaquín, donde ha perseverado y siendo muy feliz.

Isauro. Bachiller de San Bartolomé, hubo de dejar los estudios por consecuencias de la guerra de 1899- 1902. De soltero se mostró como un gran comerciante. Casó en 1913 con Isabel Melo, con quien ha tenido los siguientes hijos: Carlos, Jorge, Germán, Álvaro (mi ahijado de bautismo), Cecilia, Lucía y Elvira. Tantos hijos lo han empobrecido.

Marco Tulio. Se distinguió siempre por su don de gentes. Con Nicanor fue el director de la casa comercial de "Jesús Cortázar e hijos" con almacenes en Bogotá, Facatativá y La Mesa. Inteligente e instruido, fue un gran trabajador. Casó en 1912 con Blanca Pulecio, la mujer más linda de su época, sus hijos fueron: Blanca Sofía, un niño que murió de meses y Eduardo. Un mes después de nacido este, murió Blanca, y él, apesadumbrado grandemente, abandonó sus negocios y se fue a Europa, a donde ya había ido antes. Estando en Dusseldorf, cerca de Hamburgo, murió en una operación de apendicitis. Fui el tutor de sus hijos a quienes quise como hijos, lo que me ha costado y me costará los mayores dolores de cabeza.

Roberto. Doctor en filosofía y letras del Colegio Mayor del Rosario, sin duda el más notable de los Cortázar Toledo; autor de varios libros didácticos, entre ellos uno de



Geografía, uno de instrucción Cívica, uno de latín, uno el nuevo lector, etc. Profesor de griego, de latín y de inglés en el Colegio Mayor del Rosario, miembro de la Academia de Historia; fue el primer organizador de la instrucción pública en Cundinamarca como Director Departamental del ramo en los años de 1913 y 1915. A pesar de estas actividades, ha sido tan buen financista que es el más rico de la familia. Casó con Angelina García Ortiz y son sus hijos: Leonor, Enrique, Luis y Jaime. María del Carmen. Soltera; fue siempre muy solícita con sus hermanos y dedica su vida a cuidar a mi madre.

Leopoldo: Bachiller del Rosario, cursó sus estudios de medicina en la Facultad Nacional. En su época fue uno de los estudiantes más apreciados en la universidad. Simpático, locuaz, de grandes capacidades, murió en diciembre de 1912 de un ataque de uremia cuando ya coronaba su carrera. Fue, no solamente mi hermano más querido, sino mi mejor amigo.

Alfredo. Cuya vida ocupa este cuaderno. Clotilde (I) murió pocas horas después de nacer. Jesús María murió a la edad de 14 meses. Clotilde (II) mimada de todos por ser la menor, de carácter suave, inteligente, casó en 1927 con Mario Aníbal Melo, persona de singular capacidad para el trabajo, quien fue mi secretario en la Gerencia de la Federación de Cafeteros. Sus hijos son: Ester, Álvaro, Beatriz y Leonor.

He ahí mis diez hermanos, de los cuales dos no hicieron sino una cortísima vida. Todos hemos logrado llevar con honor nuestro apellido. Ni un tomador, ni un jugador. Siguiendo las huellas de nuestros padres, hemos trabajado y hemos hecho un nombre. Que la nueva generación no lo deshonre, es cuanto yo ambiciono para después de mi muerte.



Un recuerdo de los albores de mi niñez

Era yo muy niño. Vivíamos en “El Picacho” los estragos de la política llevaban a los hombres por los caminos de las pasiones. A tres cuadas de la casa, en la plazuela de “El Recreo” iban a fusilar a dos hombres condenados por la justicia. Estaba yo con mi madre en los corredores de la casa que daban a la calle, de pronto se oyó una descarga. Mi madre cayó de rodillas y haciéndome arrodillar también y poner juntas las manitas, me hizo pedir a Dios por las almas de los que morían en manos de los hombres, no en la lid, sino con las manos atadas. Esto me causó una grande impresión y una grande pena. Vi llorar a mi madre y todo aquello me pareció cruel. Nunca se ha borrado este recuerdo de mi mente. Cuando la justicia estuvo en mis manos como juez superior me decía: jamás seré capaz de firmar una sentencia de muerte. Cuando escribí en La Patria una serie de artículos sobre reformas a la Constitución del 86 me mostré como enemigo de la pena capital. No es posible cometer un crimen para castigar otro crimen. No es posible, dentro de la justicia falible de los hombres, imponer una pena irreparable. No es posible enseñar a los hombres a despreciar la vida de los demás. No es posible matar al vencido, al que tiene las manos atadas y los ojos vendados. La pena capital es mayor para los padres, para la esposa, para los hijos del ajusticiado que para este, y la ley no puede castigar a los inocentes. Si se busca el escarmiento, la historia de la criminalidad nos dice que dos mil años de pena capital no han sido capaces de acabar con la criminalidad. Matar con frialdad a quien mató por pasión, es hacer inferior la normalidad a la anormalidad psicológica.

Los que defienden la pena capital no han pensado en los sufrimientos del ajusticiado entre la comunicación de la sentencia y su ejecución. Y en seguida reglamentan la manera de dar muerte al ganado para que los animales no sufran. ¡Así somos los hombres!



Mis primeras letras

En otros tiempos se creía que los niños no debían aprender a leer tan pronto. Ahora se les quiere forzar a los cuatro años. Conozco la hija de mi mejor amigo, el Dr. José Manuel Cuellar, que se volvió biza por haber forzado la lectura demasiado niña. El desarrollo intelectual de un niño de 5 o 6 años es insuficiente para aprender lo más difícil de cuanto se aprende en la vida: leer.

A los ocho años tomé en mis manos la primera cartilla que fue la de Baquero. Mi primera maestra lo fue la señorita Angelina Tirado. Ahora, ya viejo yo, la encuentro en el Banco de la República, donde trabaja. Cuando la saludo siento un placer muy grande. Es un reconocimiento por ese servicio. Los maestros son los segundos padres, iniciadores de nuestra vida intelectual y a ellos debemos muchos de los triunfos de la vida. Quien no guarda un sincero cariño por sus maestros no lo guardará tampoco por sus padres. La cartilla de Baquero, la más racional de cuantas se conocen en Colombia, será la mejor para mi y para mis nietos.



Las cosas providenciales

Hoy, después de miles de años que se han pasado discutiendo diferentes teorías de filosofía, los metafísicos no han podido ponerse de acuerdo en asegurar si las cosas le suceden a uno porque las quiso Dios o porque las quieren los hombres, sujetos activos del hecho. Entre los mismos católicos se sostiene una y otra teoría fundada en las doctrinas católicas. Dicen unos que como “ni la hoja de un árbol se mueve sin la voluntad de Dios”, todo lo que nos pasa es porque Dios lo manda así. Dicen otros que, puesto que Dios nos ha dado entendimiento y voluntad libres, lo que nos pasa es obra exclusivamente nuestra. Yo, como católico, no creo en ninguna de estas dos teorías extremas: creo que la frase sagrada debe decir así: “ni la hoja de un árbol se mueve contra la voluntad de Dios”. Las circunstancias se presentan de una manera general por no decir universal y de ellas se aprovecha cada cual, según sus capacidades, según su voluntad, según sus esfuerzos, según el dominio sobre sí mismo.

De dos hombres colocados en las mismas condiciones, el uno se enriquece y el otro se empobrece. ¿es porque Dios lo mandó? No; porque esto sería una injusticia divina y como Dios no es ni puede ser injusto, la razón está en otra forma de filosofar. Los hombres somos libres y si no podemos nada contra la voluntad de Dios, si podemos obrar por nuestra cuenta sin ir contra las leyes divinas de la ética y la moral. El trabajo, el esfuerzo y la constancia son las razones del éxito. La suerte puede estar en las loterías porque alguno se la tiene que sacar, pero en la vida la lotería es la excepción. En el éxito de todo negocio entran como factores la preparación, el trabajo, la organización y la constancia. Solamente un dominio sobre sí mismo para poner en actividad esos factores, nos dará el éxito.

Una prueba palpable de esta mi tesis es la manera como mi familia se salió de La Mesa. Por ahí en el año de 1901 o 1902 invadió la fiebre amarilla a todas las tierras bajas llegando a La Mesa donde hizo los más horribles estragos.



De una sola familia murieron cinco personas en un día, vino el pánico naturalmente moradores huyeron tan lejos como las circunstancias de cada cual lo permitían. Mi familia se vino a Tena, a una casa pequeñita, y al frente de la nuestra se vino una familia Olaya, de la gente más acomodada de La Mesa. Los jóvenes Olayas, 4 o 5, se entregaron a la milicia, y 30 años después los he visto casi de pordioseros, sin contar los que han muerto en la indigencia. Mis hermanos, y especialmente Marco Tulio, ante la imposibilidad de regresar pronto a La Mesa, con un esfuerzo supremo, trabajando sin descanso, se instalaron en Facatativá y pronto después en Bogotá. Cuando se hacían tales esfuerzos, estábamos pobres porque las fuerzas revolucionarias se habían robado cuando tenía la familia sin dejarle a mi padre una segunda camisa. La lucha fue titánica, hasta el punto de que yo, de cuellito marinero todavía, ganaba mi sustento y algo más como empleado en el almacén del día de los Liévano. El esfuerzo individual de mi padre y mis hermanos, y la unión de esos esfuerzos, trajo la creación de la casa de Jesús Cortázar e hijos, la que, pocos años después, se había instalado en Facatativá y en Bogotá, y readquiriría su preponderancia en nuestro suelo natal.

Dios lo quiso y nos dejó obrar.

Mis primeros estudios lo hice en Facatativá en el colegio de San Luis Gonzaga, regentado por Don Emilio Cifuentes B. gran institutor a quien le deben beneficio varias generaciones. Viejo y achacoso, aún trabaja en su colegio. Con sus 80 a 90 años, aún sostiene su familia con el sudor de su inteligencia, sin otros bienes que sus libros y sin otra esperanza que su próxima muerte. Es muy bello enseñar, pero los que dedican su vida a esta pesada tarea se olvidan de sus mismos, y luego los hombres se olvidan de ellos.

Con Don Emilio aprendí el Padre Astete en 1902 y las 4 operaciones en 1904.



1975

En 1934, cuando escribí las páginas anteriores, vivíamos en Bogotá y en la finca “El Pomar”, en Cajicá, población cercana a la capital. Seguramente allí, en El Pomar escribí unas páginas años después, a principios de la década de los 60 mi hijo Alfredo que gusta de revisarlo todo, dio con este cuaderno y lo leyó muy a su gusto y me dijo: papá: ¿porque no te gastas unos ratos en acabar de escribir lo que aquí apenas principiaste? Desde entonces he tenido el deseo de escribir algo más sobre mi vida para que mis hijos sepan cosas de su familia, pero este cuaderno que he llamado “el cuaderno de Alfredito” ha seguido por años y años en los anaqueles esperando que me interese en darle gusto al mayor de mis hijos varones. Hoy, 15 de mayo de 1975 he dejado de lado la pereza de escribir sobre mi mismo y he hecho la intención de seguir anotando hechos y cosas de mi vida, ampliando algunas de las ya descritas, y trayendo otras nuevas; otras, que escritas 41 años después es decir cuando acabo de cumplir 85 años tienen que traer conceptos distintos.

¿También e ideologías distintas? No, mi conservadurismo es y ha sido constante. Mi ideología de 1934 y de 1975 es casi igual, menos en cuestiones religiosas.



Sobre el Capítulo I – La Casona

Lo dije al finalizar: “solo quedan los grandes mangos y los pequeños arbustos. Todo se acabó”. Rectifico: no se acabó. Yo he vuelto allí varias veces con mi esposa, con mis hijos, con mis amigos. La finca se palpaba aún. Los empedrados de los patios interiores y exteriores, hechos con sumo cuidado y quizá por artistas de la construcción del siglo pasado, todavía se aprecian. Aún existen los viejos mangos que durante las noches regaban sus frutos que nosotros madrugábamos, voraces, a comer y a recoger para llevar a la escuela. Aun existe la piedra del Diablo, abajo de la casa, al lado del camino, en el vértice del ángulo que forman dos lados de la altiplanicie. Es grande y tiene dos huecos en la parte superior. Esos huecos eran donde pasaban la noche el diablo y la diabla, según nos contara Pacha, la sirvienta vieja de la casa. La casona la compró un artista santandereano que después de servir la secretaría de la embajada de Colombia en Japón, buscó ese rincón como el más propio para su espíritu por la belleza inigualable del paisaje que semeja un nido de águilas a cuyas plantas corre el torrentoso río. Desde allí se divisa la cordillera desde el salto del Tequendama hasta la hondura de Viotá y Portillo de donde era oriunda la familia Toledo. Cuantas veces he ido a La Mesa, he recorrido las callecitas que partían de La Casona de El Picacho, calles angostas y encumbradas por donde mi madre me llevaba a pasear por las tardes. Y he revisado el potrero que fue la base de nuestra familia, y diré por qué.

Por allá en 1882 o 1883 mis padres vivían en el Camellón de La Mesa donde habían nacido Julia, Nicanor, Isaura y Marco Tulio. Por entonces mi padre andaba bien de fortuna. Vino a La Mesa un sacerdote y se hizo muy amigo de él y de mis abuelas Martina y Eloísa. El curita tenía tierras en Pacho y mi papá tenía platica. Hicieron una compañía para explotar en agricultura las tierras de Pacho. Y mi padre se fue con mi madre y mis hermanos. Aquello resultó un desastre. Las cementeras se perdieron, el curita se quedó con sus tierras y mi padre perdió su capital.



Ayudado por un señor Luján, muy cercano pariente del general Isaías Luján. Mi padre regresaría a La Mesa con los 4 hijos que había llevado, más uno nacido en Pacho, Roberto. Al llegar a la Mesa no tuvieron más albergue que la casa de la suegra abuela, doña Eloísa Fernández, mujer rica y bondadosa. Pasaron los días y los meses y la familia se debatía en una pobreza tapada por el cariño y la largueza de mi bisabuela. Vino otro heredero: mi hermana María del Carmen nacida el 16 de julio de 1885 y mi padre resolvió comprar “El Picacho” a don Ramírez dueño de la hacienda “las lagunas” de la cual formaba parte, comprendía la parte descrita, casa y huerta, y unos potreros grandes que iban desde la casa hasta casi el hospital. Todo muy bien situado en la planicie de la meseta, todo con arcos de piedra, una corraleja cerca a la casa y una portada enorme. La compra no se hizo de contado pues parte del valor se quedó debiendo. Para pagar ese saldo mi madre ayudaba cocinando ropa para un almacén, la tarea que no se levantaba antes de la media noche.

La Mesa era entonces un gran centro comercial, uno de los más importantes del país. Allí venían los artículos de tierras frías de Cundinamarca y Boyacá y de las tierras cálidas del Tolima y de Cundinamarca, se producían en las fincas cercanas a la Mesa cientos y miles de cargas de miel, base de la chicha que era la bebida nacional. Los miércoles y los domingos eran los días de mercado y entre esos dos días llegaban a la Mesa de mil a dos mil bestias con carga que se alojaban en la plazuela de El Recreo a dos cuadras de El Picacho. Por comodidad las recuas iban a parar a los pastos de mi familia. Mi padre hizo una buena negociación para garantizar la seguridad de los semovientes. El pastaje valía medio real por noche o sea cinco centavos de peso. Un peso oro era un dólar, pero con doble poder adquisitivo. Los \$100 que producían los pastajes de la semana eran \$3000 de hoy, \$12.000 al mes... con eso se rehízo la familia. Vinieron más hijos: Leopoldo nacido el 14 de marzo de 1888; Alfredo 17 de marzo de 1890; Francisco Jesús el 9 de mayo de 1892; Clotilde el 21 de octubre de 1893 y Natalia Clotilde el 1 de diciembre de 1895.

Decía que El Picacho fue la base de la familia Cortázar-Toledo. Con la renta de los pastizales mis padres pudieron levantar una familia lúcida: nueve hijos vivos y dos muertos. Todos a estudiar para llenar las aspiraciones de los padres. Yo fui a la Escuela en el año de 1899 con la señorita Angelina Tirado. Ella me enseñó a leer y la suerte me dio la ocasión de pagarle colocándola en un buen puesto del Banco de la República cuando yo era gerente de la Federación de Cafeteros. Mis hermanos mayores se fueron a estudiar a Bogotá. Julia, mi hermana mayor, se fue de hermana de la caridad en el año de 1902; Nicanor se hizo abogado en 1905; Isauro, bachiller de San Bartolomé, Marco Tulio, gran comerciante murió en Dusseldorf, Alemania, como ministro de Colombia, Roberto, doctor en filosofía y letras del Colegio Mayor



del Rosario, fue secretario perpetuo y luego presidente de la Academia Nacional de Historia. Leopoldo, médico de la Nacional; Carmen, monja de clausura en Pasto, y Natalia Clotilde casada con Mario Aníbal Melo, gerente administrativo de la Federación de Cafeteros.

Con los productos de El Picacho, además de formarse la familia, se organizó la casa “Jesús Cortázar e hijos”, de la cual hablaré por separado.

Hoy, con mis 85 años, rindo un tributo de amor, de veneración y de agradecimiento a esa vieja casona de El Picacho donde nací y donde se levantó y se educó la familia Cortázar Toledo.



Sobre el Capítulo II. Igual Mi Padre

Siempre he rastreado el origen de mis padres y voy a contar lo poco que yo sé. En el libro de la familia se lee: “Nº1 Jesús Cortázar_ hijo de Isidro Cortázar y de Eloísa Fernández. Nacido en la ciudad de Cartago (Valle) el 21 de julio de 1839” casado en la ciudad de La Mesa (Cundinamarca) con Clotilde Toledo el día 17 de abril de 1876. Murió en Bogotá el 21 de julio de 1926.

En los archivos parroquiales de Cartago no hallé la partida de bautismo. Quizá se perdió en un incendio que hubo allí y en el cual se quemaron los libros parroquiales. ¿Quién era Isidoro, mi abuelo? El 20 de julio de 1810 era oidor de la real audiencia de Santa Fe, el oidor don Francisco (i) Cortázar español. Porque semejante tan alta posición no se les daba a los criollos. Había una gran tensión política en la capital de la Nueva Granada por la manera falaz como se había tratado a los Comuneros. Iniciada la revolución, ese día en la primera calle real de Santa Fe y declarado el “cabildo abierto”, los patriotas se valieron del oidor Cortázar para que avisara al Virrey tan fausta noticia. El oidor Cortázar era la antítesis del oidor de Alba. Este era odiado por el pueblo y Cortázar era respetado por su ecuanimidad. La historia no cuenta nada más. El oidor Cortázar vivía con su familia (1810) en Santa Fe. ¿Y que se hizo después? En 1839 aparece en Cartago uno de sus hijos: Isidoro casado con doña Eloísa Fernández quien tenía una hermana llamada Jovita. Parece que mi abuelo Isidoro murió siendo muy joven mi padre, pues yo le oía hablar mucho de su madre Eloísa y muy poco de su padre.

Mi hermano Roberto fue al Perú con motivo de una fiesta de la independencia y allí se relacionó con una Cortázar quien conocía bien el origen del apellido en América. A fines del siglo XVIII, es decir poco antes de la revolución americana, vinieron a América, tres bilbaínos de apellido Cortázar. Parece que llegaron a Santa Fe a donde venía nombrado oidor don Francisco (i) los otros dos hermanos, con su espíritu



andariego y conquistador de los españoles de entonces, se fueron. El uno hacia el sur, y el sur era Lima. Allí sentó sus reales, fundó su hogar y de allí salieron los Cortázar del Ecuador (Cuenca) y los que se fueron más al sur de donde salió la familia de Buenos Aires, uno de cuyos principales personajes ha sido el escritor Julio, autor de La Rayuela y de otros libros y novelas que le han valido el título del mejor escritor de Latinoamérica.

El otro Cortázar se fue a México y allí fundó la familia Cortázar de la cual salió don Ernesto Cortázar guionista de cine, autor de la letra de la película “Rancho Grande” (Allá en el Rancho grande_ allá donde vivía_ había una rancherita_ que alegre me decía_ te voy a hacer los calzones_ te los principio de cuero_ te los acabo de lana) Su hijo del mismo nombre, Ernesto, también es poeta, buen escritor y guionista de cine.

En Colombia hubo por allí, a finales del siglo XIX, un abogado doctor Cortázar que tenía tres hijas: Dolores, Eva y Clementina. Ellas, al morir el padre, heredaron más de cien hectáreas de terrenos rurales que iban desde San Fasón hacia el occidente, es decir, donde hoy es Bogotá. Si ellas hubieran conservado esa propiedad hoy no habría potentado en Colombia que tuviera con que comprarlo. Hay otra familia Cortázar en Chiquinquirá, gente bien y de regular fortuna. Estas dos familias parece que vienen de otro de los hijos del oidor. Una curiosidad del apellido: cuando yo vine a establecerme al valle, encontré en Tuluá un aviso de un señor CORTASAR. También había ese apellido en Cali. El señor de Tuluá era dueño de una finca raíz porque yo lo vi en las listas de catastro. Luego se volvió Cortázar. Otra curiosidad. En marzo de 1955 siendo yo jefe de valorización del Valle, la prensa publicó un reportaje con una ancianita de 116 años oriunda de Cartago, es decir que debía ser contemporánea de mi padre, me fui a buscarla, la encontré y charlé largamente con ella sobre su vida, lo que fue Cartago en el siglo pasado. Intempestivamente le pregunté: ¿usted recuerda a Jesús Cortázar? Vaciló mucho para contestarme; ¿por fin me dijo Jesús Cortázar? No. No recuerdo. Seguimos hablando y varias veces repitió: Jesús Cortázar... Jesús... Por fin dijo: ¿Jesús María? ¡Pues natural! Jesús María fue mi amigo de infancia. Entramos a hablar de mi abuela Eloísa y ella con gran esfuerzo de memoria me contó: Eloísa era hija de MARIANA y tenía hermanas que se llamaban Marcela y Obdulia. Los hijos de Eloísa fueron Jovita, Laura María y Ramón. Jovita tuvo tres hijos llamados Ramón, Benjamín y Lucía. Mi abuela Eloísa fue de Cartago a La Mesa a ver a mi padre, también estuvo en la guerra de los Mil Días y Benjamín llamado Barbita negra. Mi bisabuela Mariana tenía una hermana llamada Bárbara y esta era hija pobre casada con Telésforo Arjona. Este casó con Chepa Zúñiga. Su hija Carmen Arjona de Loaiza fue la madre del ingeniero Daniel Loaiza Arjona. La viejita



de 116 años no recordaba apellidos. Solo recordaba el nombre de quienes habían sido sus amigos.

Otra curiosidad: en 1918 era yo fiscal del juzgado 3ro superior de Bogotá y me vine a pasar los asuetos judiciales a Espinal con mis hermanas Carmen y Clotilde. Pasando una calle del pueblo unas muchachas jóvenes, bien puestas y hasta bonitas. Me animaron mucho y se mostraban sonrientes. Al día siguiente volví a pasar, quería ver a las chicas bonitas que tanto me habían sonreído. Esa segunda vez fueron más sonrientes. El asunto me interesó y le pregunté al viejo Perdomo quienes eran esas muchachas, y él me dijo: ¿y usted no sabe quienes son? Yo creí que usted sabía. Son sus sobrinas. La madre de ellas es su hermana, hija de Jesús pues su papá vivió un tiempo en Espinal. Y yo pensé si los viejos no eran santos, ¿qué obligación de santo tengo yo?

Mi padre fue muy conservador hasta su muerte. Pero fue un hombre pacífico, y sobre todo respetuoso de las opiniones de los demás. Los liberales lo respetaban. Un día, recuerdo los liberales se tomaron a La Mesa, y llegó una patrulla al Picacho en forma altanera porque sabían que era casa de conservadores. En esas llegó un capitán y dijo: (yo tenía 10 años) hay liberales buenos y malos y conservadores buenos y malos. A don Jesús Cortázar me lo respetan porque es un hombre pacífico, honorable e incapaz de hacerle mal a nadie. Otra vez que se entraron los liberales a La Mesa, el escribió en su libreta: El 31 de mayo de 1901 fui prisionero de los rojos y no me logró ninguno.

¿Cómo era don Jesús Cortázar? En la Mesa un hombre popular, querido y respetado de todos. En Bogotá un hombre serio, amable, buen conversador, inteligente, muy religioso, no muy alto, cabeza absolutamente blanca. Vestía levita (no saco levita) y cubilete. A los 85 años todavía iba al almacén de Cortázar hermanos en la primera calle de Florián.



Sobre el Capítulo III – Mi Madre

Hace 41 años escribí el capítulo referente a mi madre. Entonces vivía y murió poco después. Me sentí huérfano. Quiero hoy recordar su gran virtud: no le gustaba contradecir. Cuando murió mi padre, en el momento de sacar el cadáver de la casa, se arrodilló y dijo llorando: Gracias mijo, por lo bueno que fuiste conmigo, esa fue su despedida.

Hay una escena que no he podido olvidar: estando yo de unos 7 u 8 años se aplicó la pena de muerte a los hombres que habían cometido no se qué delito. Se les iba a fusilar cerca de la plazuela de El Recreo, unas dos o tres cuadras de mi casa a las cinco de la tarde. Ella rezaba por los que iban a fusilar y a quienes no conocía. Sonaron los disparos y ella cayó de rodillas diciendo: Señor. Recíbelos en tu santa gracia. Así era su bondad.

La familia de Toledo era de Tocaima. Eran los otros caballeros de fortuna y de trabajo parece que venidos de Santander. Uno de ellos compró tierras sobre el río Bogotá, entre lo que hoy es Portillo y el pueblo de Viotá. Yo conocí a dos hijos de este. El otro compró terrenos en La Mesa de Juan Díaz. Fue dueño de los potreros llamados de Los Chulos. Este fue mi abuelo, el otro se radicó en Bogotá y uno de sus herederos fue alcalde de la ciudad.

Vuelvo ahora sobre mi vida y su desarrollo a través de los años y a través de los distintos escenarios que he escogido o que me han tocado.

Retrocedo hasta 1904. Era yo estudiante del colegio Don Emilio Cifuentes B. Como lo tengo dicho, vivíamos en la calle de la sal a media cuadra de la plaza principal de Facatativá. Mi mejor amigo era mi hermano Leopoldo. El era un gran estudiante. Yo no lo era, ni mucho menos. Pero a mi me iba muy bien en los exámenes. Tenía más



“labia”, era más locuaz y tenía menos vergüenza. Enamoraba a una hija de Don Emilio y jugaba ganchetas, no se conocía entonces el fútbol. La vida era muy sencilla pero muy sabrosa. Un gran amigo de entonces fue Pedro José Arancey, luego médico notable. Él me acompañaba a ver a mi primera novia que fue María Cajiao Caldas, linda muchachita de once años. Yo tenía doce o trece. Mi vida era deliciosa, pero se me hacía pequeña. Yo ayudaba los días de mercado en el almacén de mercancías de Jesús Cortázar e hijos.

Llegada la semana santa de 1904 yo pedí que me dejaran irme a pasar la semana a La Mesa donde estaba mi padre y mi hermano Isauro. Algunas veces Nicanor, pero este estaba terminando su carrera de abogado. El sábado anterior y llevando a la espalda un maletín con mi ropita, me fui para La Mesa a decirle a papá: Aquí estoy. Con espíritu activo ayudé el domingo de ramos en el almacén, también de Jesús Cortázar e hijos. Parece que unos hermanos y mi padre encontraron que yo podría servir en los negocios de La Mesa, y como yo no estaba muy provocado de volver al colegio, y como me pareció deliciosa la vida de independencia y sobre todo la vida de señor que se llevaba, comiendo en el hotel Bolívar y con el derecho de fumar un cigarrillo después de las comidas, me quedé en La Mesa y no volví al colegio.

Mi vida de 1904 a 1907 inclusive fue de “personalidad”. Trabajé con Jesús Cortázar e hijos Bogotá – Facatativá y La Mesa. Así se llamaba la casa de comercio. Diré algo sobre ella. En el año de 1899 (creo) mi hermano Nicanor que era el mayor y que ya estudiaba derecho en Bogotá se propuso hacer la organización. Todos pusieron lo que tenían, excepto la casa y los potreros de El Picacho. Recuerdo que mi madre puso al sol una caja llena de billetes de \$1 que se llamaban toches por su color amarillo y otros de \$5 y \$10. Eran los ahorros familiares. Con ese capital, cuya cuantía ignoro, se fundó la Casa Cortázar e hijos con almacén en La Mesa. Luego se fundó el almacén de Facatativá que manejó Marco Tulio y luego el de Bogotá, calle de San Miguel, y entonces se agregó a la razón social: Bogotá Facatativá, y La Mesa. Se dedicaba a la compra y venta de mercancías.

La Mesa era una gran plaza comercial y el negocio mejoraba cada día. En el camellón principal los domingos, martes y miércoles se sacaban toldas donde se expendían ropas de hombre: calzoncillos, franelas, pantalones y camisas, las que atendían esos toldas se llamaban “las camiseras”. Eran unos 30 toldos y había entre las camiseras muy célebres muchachas. Todas vivían en La Mesa y cada una tenía su tolda y sus baúles que se guardaban en nuestra casa que era la segunda del camellón principal, bajando de la plaza, a mano derecha. Esas toldas vendían muchísimo. De lo que vendían sacaban para comer y el resto lo consignaban en el almacén de Cortázar e



hijos. Esas camiseras eran todas nuestras clientas con sus cuentas corrientes y lógicamente tenían créditos, ellas fabricaban la ropa que vendían y hacían buena utilidad. Los jueves desde las siete de la mañana no hacíamos más que atender a las camiseras, abonar a sus cuentas el dinero que llevaban y encargarles la mercancía que llevaban que eran por piezas, es decir que cada una llevaba tela, hilo, botones etc., para hacer no menos de 100 a 200 camisas, calzoncillos, etc. Esto le daba un enorme movimiento al almacén, en la casa nuestra había depósitos donde las camiseras guardaban sus toldas y la ropa no vendida.

Yo he dicho que las camiseras eran célebres. Eran también un poco sueltas de riendas, y mis hermanos mayores Isauro, Marco Tulio y aún Leopoldo no dejaban de hacerles el amor.

En el año de 1907, al final dije que quería seguir estudiando, y en 1908 colgué los hábitos de comerciante y me fui a Bogotá. Esto fue muy discutido entre mis hermanos porque yo hacía falta en La Mesa, ya que en el año siete se había abierto otro almacén que lo manejaba yo y tenía por empleado a Don Ernesto Cajiao. Antes de seguir adelante quiero recordar que la familia Cajiao se estableció en La Mesa, lo que fue para mi motivo de alegría por lo que se refería a la bellísima muchacha María a quien yo “rendía palio”. Como se decía entonces. Su padre el doctor Domingo Cajiao era un viejo excelente, delicioso en sus charlas. Tenía su botica en la plaza y recuerdo que llegaba por la tarde los miércoles y decía: paisano Jesús: (por ser ambos del Viejo Cauca) ustedes vendieron hoy \$10.000 y yo vendí \$2.000. Ustedes se ganan un 10% o sea \$1000. Yo vendí en mi botica \$2000 y me gané \$1.500. ¿Cuál de los dos negocios es mejor?.

Decía que en 1908 me fui, contra viento y marea, a estudiar. Me matriculé en la Escuela Nacional del Comercio. Era rector Her Wickman, alemán y era secretario el señor ---. Uno de mis profesores fue allí el doctor Vergara y Vergara, quien gozaba de un gran prestigio. Corrió el año de 1908, presenté mis exámenes con éxito y me volví a La Mesa a pasar vacaciones allí y en la Hacienda Barcelona con la familia. A principios de 1909 volví a la escuela de comercio y cursé las asignaciones más altas como derecho comercial con el doctor Eduardo Posada y contabilidad superior y oficial. Pero era un año de situación tirante porque la gente se oponía al general Rafael Reyes, elegido presidente en 1904 y que se había hecho prorrogar su mandato por una Asamblea Constituyente. Había una fuerte oposición después del fusilamiento de Barro – Colorado donde se ajustició a quienes atacaron al General Reyes meses antes.



Como siempre los estudiantes éramos los revolucionarios. La Asamblea estaba reunida y el doctor Nicolas Esguerra y el doctor Francisco de P. Mateus se enfrentaron al Gobierno. Nosotros saltamos a la plaza pública, a las plazas vivando a Esguerra y a Mateus y dando a bajos “al tirano” y a Vázquez Cobo. Nos recogían por cientos y hasta por millones y nos llevaban a los patios de la policía para soltarnos horas después. No sé qué el gobierno hubiera cometido abusos con los estudiantes. Enrique Olaya Herrera y Manuel V. Peña fueron los jefes de los estudiantes. Cuando nos llevaban presos, tirábamos al aire nuestros sombreros, por lo cual se dijo que habíamos tumbado a Reyes a sombreroazos. Olaya Herrera nos arengó desde un coche de plaza y Abello Salcedo desde el atrio del Capitolio. Y el gobierno se cayó. Pero el domingo 14 de marzo el Gobierno se incorporó con el Gral. Vázquez Cobo como su líder. En la esquina de la carrera 7ma con calle 7ma vi ese domingo a las 8am la primera ametralladora montada y esa no era la única. Y ese 14 ¿Qué nos hicimos? Decía la prensa... esas fueron las famosas “Jornadas del 13 de marzo” que fueron la primera ventana por la cual yo me asomé a la política. Poco tiempo después, todos y cada uno de los “revolucionarios” del 13 de marzo cuando Reyes andaba expatriado, fuimos reconociendo que el General Rafael Reyes había sido un gran gobernante, un hombre que organizó al país, sin odios políticos, atrayendo al partido liberal, pues llevó al General Herrera a un ministerio y al General Uribe Uribe a la legación en el Brasil. Al correr de los años hemos reconocido que Reyes ha sido uno de los mejores, sino el mejor presidente de Colombia en este siglo. El y Ospina (el General Pedro Nel), han sido los mejores impulsores del progreso del país.

De marzo en adelante seguimos politiqueando. No recuerdo como a la hora menos pensada me nombraron con Jesús Cuellar director de un periódico nuevo que bautizamos “La opinión”. Salieron 2 o 3 ediciones y no lo suspendió el gobernador por orden del presidente que lo era don Jorge Holguín.

Yo seguí mis estudios, pero seguí politiqueando. Entonces me inicié en el periodismo ardiente. Con Manuel Soconde Liévano, y Martínez fundamos el 13 de marzo. Un botafuego. Las ediciones desaparecían. Una edición salió con un artículo de mi gran amigo el doctor Luis M. Vela Briceño. El gobierno se sintió muy molesto y nos mandó a apresar a Martínez L. y a mí. Esa tarde yo asistí a clase de inglés cuyo profesor era mi hermano Roberto, cuando llegó la policía a preguntar por mi y me llevaron preso a la policía. Me indagaron: ¿es usted el autor de este escrito? – No. = Diga quien es el autor. – No puedo decirlo, respondí, pero yo asumo la responsabilidad como director del periódico. Bueno. Me llevaron a comer a las once de la noche a un restaurante. Al día siguiente había agitación en Bogotá por el apresamiento de los directores del 13 de marzo. A las cuatro de la tarde, con grandes precauciones, en



un coche que se fue por calles excusadas, nos llevaron al panóptico. A las diez de la noche el General Holguín me mandó el coche de Palacio con una razón – esta libre. A las doce de la noche se estaba “levantando” un artículo mío violento contra el gobierno y contra el General Holguín. ¡Qué error! Si el General Holguín era un caballero como no hay dos.

Con todos estos ajetreos presenté mis exámenes y salí bien. Ya para entonces se había formado, o habíamos formado el partido Republicano. Mi padre y mis hermanos no veían bien que un Cortázar dejara de ser conservador y yo me sentí sin apoyo, sin recursos. A mi amigo Cuellar lo nombraron prefecto de la Provincia del Tequendama, capital La Mesa. El me ofreció la secretaría y acepté, tenía 20 años. Poco tiempo después Cuellar se enfermó y yo fui prefecto.

¡Qué ascenso tan vertiginoso! Entonces me pintaba el “bosito” con cera negra para que mi cara lampiña no revelara mi menor edad.

En esas estaba cuando Carlos E. Restrepo, ya presidente, bajó a inaugurar el ferrocarril en Gualanday a Ibagué. Yo fui a recibirlo y le eché un discurso como era natural y el me incorporó a su comitiva, y fuimos a Tocaima, Girardot, Espinal, etc. En esa gira hice amistades con políticos más altos que nosotros, que éramos peones del republicanismo. Para entonces se preparaban elecciones y yo fui el candidato para la Asamblea por la provincia, pero mi hermano Nicanor se opuso a mi candidatura republicana alegando que yo no era aún ciudadano, pues apenas cumplía 20 años. A principios de 1911 mi amigo el doctor Olaya Herrera me llamó a Bogotá y me pidió que volviera a mis estudios. El era ministro. Yo le dije cual era mi situación familiar y cuales mis impedimentos para regresar a mis estudios. Me negué a volver. Yo estaba muy contento en la Prefectura de La Mesa. Olaya Herrera me dijo: Voy a crear una beca en el Colegio del Rosario para ti. También me negué. Entonces me dijo: voy a decirle al gobernador de Cundinamarca que lo destituya. Ante esa situación acepté. Y siendo ya el mes de marzo me fui interno al Rosario a terminar bachillerato. En ese año hice latín, física, historia natural y lógica. Fue excluido (calificación 5 sin necesidad de examen) en historia natural y física.

¡Pero que lucha! Gocé de la antipatía de monseñor Carrasquilla porque me puse a alegarle sobre la teoría de Bentham y goce de la antipatía del cura --- porque yo era “revolucionario”. El pasante doctor Sáenz no me quería, y las horas de las comidas me ponía a leer para la comunidad. Lo que más le agradaba era que yo almorzaba con él y le obsequiaba cigarrillo. Alguna vez hubo un lanzamiento de estudiantes y naturalmente me echaron a mi la culpa. Por fortuna, como el alzamiento tuvo lugar



una noche en El Recreo, yo pude comprobar que durante el desorden yo había estado con el doctor Arias, colegial pasante, y este confirmó cuando ya me iban a expulsar. El doctor Carrasquilla quería mucho a mi hermano Roberto y esto me valió, pero me salí del internado y los dos últimos meses los pasé de externo. Este disgusto con monseñor Carrasquilla me hizo perder la beca.

Llegado el año de 1912 me entregué por entero al estudio. Tenía hecho mi bachillerato faltándome la física y latín N°2. Hice estas dos materias e hice tres en la facultad de derecho de la Universidad Nacional. Esto era posible entonces.

Pero no quiero seguir sin recordar a ciertos condiscípulos de bachillerato. Recuerdo a Cotelamus, a los Arias, Restrepo y de Manizales.

Para 1913 ya se había liquidado la casa de Jesús Cortázar e hijos por algunas diferencias entre mis hermanos Nicanor, Isauro y Marco Tulio. Los dos últimos se quejaban de que Nicanor estaba entregado a su profesión de abogado y no trabajaba en la empresa. Marco Tulio se quejaba de que Isauro no atendía el almacén que tenían en la calle 12 comprado a puerta cerrada al señor Vargas (padre del Gallino Vargas) bueno. Sea como sea, y yo no podría decir cual tenía la razón, Marco Tulio se quedó o se había quedado con el almacén de la carrera octava (calle de Florián) entre calles 11 y 12. El resolvió hacer su primer viaje a Europa y me propuso que me quedara al frente del almacén y me daba el 25% de las utilidades. Acepté, pero pudiendo seguir en la facultad. Con gran esfuerzo saqué libre mi año de universidad y me gané una buena suma en el almacén, con la cual, a su regreso, hice compañía con Armando Solano para fundar un gran periódico que se llamó "La Patria" del cual él era el director y yo el Gerente y jefe de redacción. Las oficinas funcionaban en el puente de Loto, esquina de la carrera 6 con calle 15 dando al río San Francisco, entonces descubierto. Era un periódico netamente republicano. Pero en ese año los miembros del Partido Republicano principiaron a desfilar por sus antiguas toldas. "El tiempo" se dijo naturalmente liberal. También El Espectador. Nosotros seguíamos republicanos por razón de nuestras procedencias; liberal Armando Solano y yo Conservador. Era el final de 1914 y, en la mayor armonía, Solano y yo nos separamos. Yo le di mi parte por \$1.000 (eran dólares) y resolví irme para Estados Unidos. ¡Qué locura! Le dije a mi padre y él, con gran sabiduría me contestó: "tú eres mayor de edad y puedes hacer tu voluntad. Por mi parte no me opongo si es que tienes con que hacer los gastos". Planee mi viaje. Llevaba la representación de La Patria, Gaceta Republicana, El Nuevo Tiempo, etc. y mi tarjeta decía: "A. Cortázar-Toledo Representative of the Colombian News Papers". Obtuve pasaje de atención de la Naviera del Magdalena y salí a principios de diciembre o fines de



noviembre de 1914. Llegué a Barranquilla y por El Caño en un barco de río seguí a Santa Marta. Practiqué una visita de periodista en las bananeras de la United Fruit Company. Tres días después seguí directamente al barco donde me tenían pasaje de atención hasta New York. Allí publiqué un artículo sobre cultivo del banano en El Exportador Americano que me pagó por el US\$400 suma que me pareció fabulosa. Llegue a Nueva York el 24 de diciembre a las 10 de la mañana a 10° bajo cero. ¡Y solo! Me fui al Rutherford Hotel en la calle 9 y pasé la tarde mirando por entre los vidrios de la ventana el movimiento de esa gran ciudad de 5 millones de habitantes. Veía los caballos percherones enormes que tiraban de carros enormes también por las calles heladas. Y recordaba nuestros caballos pequeños y los comparaba con los percherones. Así eran los dos países. En 1914 Colombia era muy pobre, Bogotá tenía 120 mil habitantes y también los desagües de las casas salían a los caños de las calles. Lo elegante de la capital era la parte sur: San Agustín, Santa Bárbara y la Candelaria al oriente de la plaza de Bolívar. Nosotros, mi familia, vivíamos en la calle 10 cerca al parque de los Mártires, y antes en la calle 24 con carrera 10. Pero sigo con New York. Al día siguiente me salí con un cubano que vivía en ese hotel por caminos y cocer. A las tres cuadras me venció el frío y no pude caminar más. Nos entramos a una tienda a calentarnos y me regresé al hotel. Que locura. Eso no es para la gente. 18° bajo cero. Pero el 26 me fui solo en el elevado, hasta el consulado de Colombia en Battery Place. Y luego a conocer. Calles atiborradas de gentes y edificios de 10, de 20 pisos hasta uno de 68 pisos. Bogotá tenía uno de 4 pisos en la esquina del teatro municipal. Conocí museos, teatros, periódicos, circos, etc., pero nada de inglés. Al mes me instalé en la casa de la familia Holasted (la señora, el esposo, dos chicas: Margarita y Carolina y un chico de 12 años) y principié a trabajar: conseguir avisos para los periódicos de Bogotá, y escribí tres crónicas semanales que me las pagaban a 2 y medio dólares cada una. Tenía, pues, \$7,50 seguros por semana, \$30 dólares al mes. Y eso me costaba la pieza y comía en la casa de los Holasted en la calle 167. Rimer Side. Conseguí buenas relaciones comerciales y avisos de drogas para La Patria. Con los avisos me pagaba mis crónicas y empecé a servir la corresponsalía de Gaceta Republicana y de El Nuevo Tiempo. Me hice a una nueva posición. Para conocer periodismo fui empleado del New York Times y me metí a Columbia Universit.

Cuando fui a regresar a Colombia me quedaban \$800 dólares de los \$1.000 que me pagó Armando Solano, los gasté en unas pieles para mi madre y mis dos hermanas y con pasajes de atención llegué hasta Girardot. Allí se acabó la plata y un turco, compañero de viaje, me prestó para el tiquete del tren a Bogotá.



Traía la representación de algunos artículos y con ellos abrí un pequeño almacén en la calle 12 entre carrera 8 y 9. Me iba bien, pero sentía la nostalgia de la universidad. Tenía ganados seis cursos de derecho. Un día pase por la Escuela de derecho. Me paré a ver entrar los que habían sido mis condiscípulos. Sentí dolor, tristeza. Sería comerciante y nada más. Las lágrimas me brotaban. En esas llegó el rector Antonio José Cadavid y me dijo: “Cortacitar: ¿es verdad que estaba en Estados Unidos? ¿Vuelve a tus estudios?” No pude contestarle. Las lágrimas no me dejaron. Como él me quería, me arregló todo y me costeó la matrícula en marzo de 1916. ¿Y el almacén? La universidad era para mí de 7 a 10 y de 5 a 6. El resto era para el almacén y “adelante fortuna” como decía mi padre. Luché, trabajé sin descanso en el almacén y en la facultad los años de 1916 y 1917. Había hecho compañía con Bernardo Díaz, después mi cuñado. El me reemplazaba algunas horas en el almacén que el primer año me dejó magníficas utilidades. El artículo central eran los “patrones” de modas que llegaban por primera vez al país. El Nuevo Tiempo me publicaba semanalmente el clisé de moda y recibía no menos de dos a trescientas cartas pidiéndome patrones para fuera de Bogotá y para la ciudad vendía otros tantos. Para atender este renglón trabajaba todas las noches de 8 a 11 y a esa hora me iba a preparar mis lecciones de derecho civil para el día siguiente. El año 1916 el almacén me dejó con que ampliar el negocio. Me hice agente de Pectorial Revie e importé cosas para regalo. En 1917 con Bernardo me fue mal. Al liquidar el año hubo pérdidas de capital. Entonces resolví vender y no pelear. Aún conservo las letras con que me pagaron parte del almacén. Pero me quedé libre. Pasé el diciembre de 1917 en la hacienda La Argentina con mi familia y el dos de enero de 1918 me vine a Bogotá. Me encerré en un apartamento y con José Nicanor Cortés preparé mis exámenes preparatorios.

En cinco meses no fui a cine ni una vez. El único descanso eran las tardes de los domingos. Hice una tesis de carrera que titulé La Intervención en Materia Internacional. Tenía una historia breve de la conducta de Estados Unidos con Centro América y Colombia. Y me gradué el día 22 de mayo de 1918, y fui recibido como abogado titulado por el tribunal de Bogotá el 26 de los mismos. En 1916 y 17 hice cinco materias por año, presenté mis preparatorios, preparé la tesis de grado y atendí el almacén. ¿Cómo? Con una gran dedicación. Había sido bastante independiente desde 1908. Mi padre me había dado esa independencia y me ayudaba con sus consejos.

Ya era Doctor. El día del grado tuvimos una fiesta muy lucida, de la cual tuve que salirme a las 10 para asistir a una comida que ese día me ofreció el señor Barón Cracker von Schuvartzenfeldt. Ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Alemania, país que estaba en guerra con Estados Unidos. Y explico por qué. Durante



la primera guerra europea (1914-1918) yo escribí desde Nueva York y luego en Bogotá en favor de Alemania. Fue absolutamente germanófilo. La campaña para que Colombia no entrara en la guerra la hicimos desde Bogotá, encabezados por don Marco Fidel Suárez y el doctor José Vicente Concha. Del plebiscito nacional hicimos un libro que se llamó “Amistad Colombo-alemana” allí, en la página 247 aparece mi retrato. Y hay en ese libro las de José Vicente Concha, Laureano Gómez, Guillermo Cote Bautista, Manuel Dávila Flores, Nemesio Camacho, Fabio Lozano Torrijos, Ramón Gonzales Valencia, etc.

Entonces se cambió mi vida, ya era Doctor y debía entender solo mi propio desarrollo. Como primera medida abrí oficina en la calle 16 con carrera 8. El doctor Pedro María Carreño, mi profesor de Filosofía del Derecho, ministro y candidato para presidente, me ofreció su oficina para trabajar con él, magnífica oferta que no acepté porque pretenciosamente no quería ser subalterno. ¡Locuras de la juventud! El local de mi oficina era de Adolfo León-Gómez hijo de Adolfo León Gómez, gran republicano quien murió en el Lazareto. Pase un mes sin que me llegara un cliente. Por fin llegó uno. Mi secretario o mejor mi portero, me anunció, dígame que me espere unos minutos porque estoy sumamente ocupado. Recibí mi cliente y me gané \$10. El arrendamiento me costaba \$30 al mes el déficit lo pagué con mis economías de antes.

Por entonces se hablaba del próximo juicio por jurado contra el Hombre Fiera un hombre que había matado 16 personas. El hombre fiero era el tema de las conversaciones. El juez de la causa era el doctor Montalvo y el fiscal el doctor Acuña. Ambos amigos míos. Me llamaron para proponerme una defensa en ese juicio, pero de oficio, es decir, sin pago alguno. Acepté. Y fui al juicio por jurado. El juzgado terminaba en la plaza de Bolívar, en un edificio de los Liévano, en la acera occidental. Se dice que me tocaba hablar, llegué con mi padre. Al llegar a la plaza, estaba llena de gentes interesadas en ese juicio. Por entonces no había ni el progreso ni la corrupción de hoy y el Hombre Fiera era el espectáculo del día. Mi padre me dijo: ¿te das cuenta de que toda esta gente que colma la Plaza de Bolívar ha venido a oírte a ti? Sentí miedo. Era una locura, un atrevimiento en un joven inexperto como yo. Pero... ya no tenía modo de volver atrás.

Saqué valor no sé de dónde y me entré a la sala, me senté en un escritorio de la defensa y esperé el curso de la sesión. Por fin llegó mi hora: “tiene la palabra el señor defensor...” me paré tembloroso miré al Juez a los sindicatos, a las barras atestadas y a los invitados de honor. Entre ellos vi a Rafael Escallón, gobernador de Cundinamarca y recientemente graduado en derecho penal en Italia. “– Señor juez,



señores del jurado: No extrañéis mi discurso. Es la primera vez que asisto a un estrado judicial...”. Durante una hora hablé y hablé y hablé. La gente me atendía y eso me daba valor; a la media hora recibí un aplauso de las barras.

¿Un buen argumento? ¿Una frase bien conformada? No sé, pero eso me entusiasmó. Hablé una hora y recibí felicitaciones, entre ellas la del doctor Escallón. Mi padre me abrazó, me besó y vi que no podía detener sus lágrimas de felicidad. Dos días después, mi hermano Roberto que era Secretario de Educación del departamento, me dijo que el doctor Escallón quería hablar conmigo. Encantado me fui a verlo. Charlamos sobre la audiencia del Hombre fiero, sobre teorías de derecho penal y acabó ofreciéndome la Visitaduría de Hacienda del departamento. Agradecido y acepté. Era una posición distinguida y con gran sueldo: \$120 mensuales pagando yo los transportes. Pocos meses después fui nombrado Inspector General de Gobierno de Cundinamarca. En esta posición aprendí mucho prácticamente. Yo era el Gobernador en visita y con mi severidad, hacía temblar a los alcaldes visitados. Un día me llamó Escallón y me dijo: hay un grave conflicto en Quipile. Los contrabandistas se han alzado contra la Guardia de Cundinamarca, contra el alcalde, contra el Estanco. Usted conoce bien esa gente ya que, según me han dicho, la hacienda de su familia queda en ese municipio. Vaya y arregle eso como pueda. Llévase unos 10 o 20 hombres de la guardia. Acepté el encargo, pero sin guardia. Si voy con soldados me pueden hasta matar. Yo solo, no tengo peligro. Me fui. Llegué a Quipile y me fui a hablar con el cura para informarme. Una hora después entró el alcalde tembloroso. “señor cura dijo, ayúdeme a aplacar esta gente porque esta noche va a haber las del Diablo”. Llegó la guardia y el pueblo se prepara para atacarla. Oiga el Cacho como suena llamando a los campesinos. Ya son más de 200 y apenas son 10 guardias: me llegó el momento, pensé, de jugarme el todo por el todo. Si me escondo se acaba mi carrera. Me salí a la calle. Había cientos de personas en actitud amenazante y diez guardias y un teniente. Salí con el cura y le hablé a las gentes que estaban rodeando a la policía. Señores, grité. Espero que me oigan. Ustedes saben quién soy yo; saben que un Doctor Cortázar no viene a amenazar a los quipileños. Yo vengo a arreglar este problema, y lo arreglaré por las buenas. La gente me atendió. Los dos jefes de la revuelta se acercaron a saludarme, en ese momento llamé al teniente y le dije: en la prisionería hay una pieza donde puede descansar su guardia o pueden dejar allí sus armas e irse a comer. El teniente se acercó a mí y muy pasito me dijo: vengo a cumplir sus órdenes, pero si las cumpla nos matan a todos. “Está bien, le dije, cúmplase y que nos maten. Yo respondo.” El jefe de la revuelta me abrazó y ordeno al pueblo que se fuera tranquilo a sus casas que él respondía. En una hora de conversación todo se arregló. Al jefe de la revuelta lo nombré jefe del Resguardo de Rentas. A las ocho y media de la noche avisé al gobernador que todo



se había arreglado pacíficamente. Y varios quipileños, el alcalde, el cura, el personero, etc., pusieron telegrama al gobernador dándole las gracias por el arreglo. Cuando yo volví a la Gobernación, Escallón me abrazó y me dijo: ¿qué hizo usted para dominar esas fieras? – un poquito de prudencia Gobernador. Y yo me volví personaje sin mucho esfuerzo. De ahí en adelante fui el brazo derecho del Gobernador de Cundinamarca y quizá por indicación de él, la Asamblea me nombró su asesor en legislación policiva. Con la comisión de la Asamblea preparamos la ordenanza sobre delitos de competencia de los alcaldes e inspectores. Muy severo, pero detuvo una ola de pequeños rateros. Recuerdo que el general --- presidente de la concesión se quedaba dormido en la discusión del proyecto y decía: tírenle duro a los rateros que yo les apruebo y firmo el proyecto.

Por entonces contraté con el departamento la compilación cundinamarquesa, obra de 696 páginas que preparé de 1919 a 1922 y se dio a la luz en este último año. Este libro me dio una posición como escritor, pero me costó un gran esfuerzo, una gran dedicación. Por ese tiempo para mí se acabaron los teatros, los bailes y hasta los amigos. La Compilación Cundinamarquesa y una serie de artículos (creo que 12 en total) sobre reformas Constitucionales fueron la base de mi posición como jurista. La vida me sonreía. Cuando me separé de la fiscalía del juzgado tercero Superior de Bogotá con sueldo de \$72 al mes, me encargué de la defensa del General Marín y 10 o 12 mineros compañeros suyos acusados de incendio por don Carlos Liévano. El delito era el incendio de un puente en la hacienda de los Liévano al frente de La Dorada. Logré comprobar que el puente no se había incendiado. Solamente tenía un hueco en el tablado hecho por el fuego de un cigarrillo o un tabaco que dio en madera seca. Pero don Carlos Liévano se ensañó contra el General Marín, un pobre negro, valiente y gran estratega guerrillero que mantuvo en jaque a las tropas conservadoras en la guerra de 1899-1902, logré la libertad del General Marín y de sus compañeros, y esa noche el General comió conmigo en Honda. Lastima no haber tenido una grabadora (entonces no existían) para haber dado a la historia de la guerra de los mil días las relaciones del general Marín. Solamente cito sus palabras en un asunto personal: “así es la vida, doctor Cortázar, dijo el general. Yo entré con mi ejército a La Mesa, puse preso a su papá y lo iba a fusilar para escarmiento de los godos, pero los liberales de La Mesa me pidieron que no lo hiciese y me compraron por \$1.000 la libertad de don Jesús Cortázar. Y usted que debía maldecirme, ha venido a defenderme de una acusación falsa de un gran liberal como don Carlos Liévano. Yo moriré liberal, pero me arrepiento del mal que hice a los conservadores”. La defensa del General Marín y sus compañeros me produjo más o menos \$800, igual al sueldo de fiscal en un año.



Bueno será que diga algo sobre las novias que no nos faltaban a los estudiantes de aquellos tiempos. Estando yo recién graduado me encontré con Enrique López y el hijo del General Arístides Fernández. Este general tenía un almacén en la calle 15 número 75 recuerdo el número porque ese era el único nombre del almacén “Número 75”. El general era odiado porque había sido el sostenedor del partido conservador en el poder como ministro de Guerra a partir del 31 de julio de 1900 cuando el señor Marroquín tumbó al doctor San Clemente de la Presidencia de la República. El hijo del general Arístides Fernández se había casado con Mercy López y cuando entramos en confianza, me dijo: yo me casé con Mercy quien fue novia tuya.

¿Verdad? Y he sido muy feliz porque es una gran mujer. Yo fui en realidad novio de Mercy, linda muchacha costeña. ¡Pero que noviazgo! Yo iba a las cinco y media todas las tardes a la esquina de su casa que quedaba en la calle 5 entre carrera 9 y 10 o 10 y 11. Y “le pasaba” así se decía. Esto era que yo iba de una esquina a otra de su casa y ella se asomaba a la ventana. Yo la miraba y ella me miraba. Y nada más. Después de muchos días y meses de “pasarle” ella, ya a las seis o seis y media esperaba que uno pasara por la acera de enfrente, para entrarse. Levantando el “visillo” y despidiéndome con una tenue sonrisa. Desde ese día ya éramos novios. Así se seguía por uno o dos meses más, hasta que me atreví a saludarla a la salida de misa en Santa Bárbara. Dándole la mano. Mercy!

Alfredo. Eso fue todo. Y se fue sola para su casa, y yo la seguí de lejos. Poco después logré estar con ella en una fiestecita de unas amigas. Yo le hice un acróstico que publicó un periodiquito de mi amigo N. Baquero (hijo del autor de los libros de lectura tan famosos en los cuales yo aprendí a leer). Así pasamos casi un año de amores hasta que ella se fue para Barranquilla.

Después tuve otra novia: Leonor Martín, de familia de Facatativá. Ya nos habíamos civilizado un poco pues yo iba a su casa y a veces a cine con la mamá, las y los hermanos. Al cine Olimpia, el único que había en Bogotá y quedaba con la acera sur del parque de San Diego. Ya para 1921, más o menos, conocí en la pensión Pradilla una linda muchacha, esbelta y elegantísima. Martica Emilia Santa María de Morales. Yo pasaba en esa pensión, que era muy aristocrática, unas vacaciones durante las cuales mi familia estaba en la hacienda La Argentina. En esa pensión hacíamos una vida social intensa para esa época, la dueña era doña Ana María Padilla de Correa. A esta pensión llegaban familias muy distinguidas (y tenían que ser muy ricas) de Medellín, de Manizales, de Cali, de la costa. La familia Santa María de Manizales, estaba con las Gutiérrez de Manizales. Eran gentes muy ricas. El viejo Santa María tenía un gran



comercio y figuraba como uno de los hombres más ricos de la región. Que asuetos tan sabrosos pase con ellas. Entonces era yo fiscal y ella se atrevió una vez a ir con una amiga a una audiencia a oírme. Yo estaba entusiasmado, pero... era demasiado rica para mí. Por eso no me casé con ella. Tuve amores también con una niña Gaitán, muy lindita y muy pequeñita, y como la martín se paseaba, cosa que entonces no se usaba. Mi hermano Roberto que ya era historiador decía que mis novias eran: la Santa María, La Pinta y La Niña.

Por aquellos tiempos tuve unos verdaderos amoríos con la hija del Chapín Quevedo, el famoso compositor musical de Zipaquirá, autor de la misa negra que se estrenó en Roma, en una misa papal con gran éxito. Era una linda muchacha, de un cuerpo escultural, tocaba piano divinamente y cantaba las canciones de moda con una voz melodiosa. En realidad, podría decir que fue ella, por entonces, la única mujer que ame.

Pero como yo salí varias veces a paseo con ella y con su madre, se empezó a hablar mal de ella y mis hermanas se preocupaban de que yo pudiera casarme con ella. Mentira las habladurías: era una mujer pura, en nuestros amores no hubo ni el menor desliz, pero la maledicencia me obligó a separarme del peligro de casarme con ella. ¡Qué cosas suceden en las relaciones sociales! Luego supe que esa niña había perdido la razón. Que responsabilidad moral pesó sobre mí. Quizá ha sido esa en mi conducta, la única cosa de que me he dolido y arrepentido en mi vida. La única vez que yo fui un canalla. Todos mis otros amores fueron pasatiempos intensos, pero sin importancia.

Por aquella época, 1918-1922 se extendió el uso del “gramófono”, la Vitrola. Recuerdo que en la Plaza de Bolívar había un gran almacén de un señor Gaitán que exhibía “la voz del amo”: un aparato donde cantaba el amo y el perro escuchaba con gran atención la voz de su amo. ¡Que lujo tener vitrola! ¡Que progreso! Los Estados Unidos eran los productores de esos aparatos que se llevaban todos nuestros dólares del café. Y yo recordaba el primer aparato que había oído: era un cilindro hueco “de baquelita” de unos 15 a 20 centímetros que se metía por el exterior de otro cilindro metálico. Al girar este con la baquelita que lo cubría, giraba hasta donde estaba grabada la música o lo que fuera. ¿Como giraba? ¿Con que fuerza? No sé. Entonces (1902 en La Mesa) allí no se conocía la luz eléctrica, de ese aparato salían como 10 pines de caucho de unos 2 metros de largo, terminadas en unos huesitos que uno se colocaba en los oídos. Pagaba medio real (5 centavos) y oía. Cuando yo fui a oír había unas 100 personas esperando turno. Yo oí una dramatización del combate de Palonegro que duraba como 5 a 8 minutos. Ese fue el principio de la



industria disquera que hoy ha invadido al mundo entero. Y hablando de estas novedades industriales quiero recordar como conocí el primer automóvil y el primer aeroplano o avión.

En 1907 o 1908 se habló en Bogotá de que el General Reyes, había importado al país para el uso presidencial un automóvil. ¿Y qué era eso? Un carro o coche que se movía a gran velocidad, sin caballos como nuestros coches de Bogotá, que eran tipo Victoria, abiertos con asientos para tres personas, o Landó, cerrado, más grande, con asiento para seis u 8 personas. Uno y otro tirados por un caballo y por dos caballos respectivamente. Se avisó profundamente que el General Reyes, presidente de la República, sus edecanes y el ministro tal entrarían a Bogotá en el dicho vehículo por la Calle Real (carrera 7) a las 10am, yo fui a conocer el aparato. La tal calle estaba llena de gente en los balcones, en las puertas de los almacenes que habían hecho palcos adentro; en las esquinas, en las aceras de ambos lados de la calle 9 hasta la 25, yo logré subirme al atrio de la catedral, como unas tres escalas arriba del piso de la calle y frente a la calle real. A lado y lado de la calle había soldados de 10 en 10 metros para que la gente no pudiera pasar de un lado a otro. Así no se corría el peligro de que el automóvil atropellara a alguien. Ya viene gritaban, ya viene, pero no llegaba. Por fin desde mi puesto magnífico de observación, oí que en la curva de la 3 (calle 16) apareció el auto. Venía a gran velocidad (20k/h). Se vino por la calle y cruzó en la esquina donde yo estaba (calle 11 con 7). Yo salí corriendo a contar en mi casa lo que había visto.

Y otro cuento de mi primera juventud es como conocí el primer avión. En los finales de 1914 y mejor dicho en el año de 1915 estando yo en el consulado de Colombia en New York, Battery Place. Sonó un avión. No sé quedó nadie en su puesto. El cónsul, los empleados y todas las personas que estaban en las oficinas se lanzaron o nos lanzamos en las ventanas y vimos pasar un avión. Nos quedamos lelos, sin poder hablar. Yo me acordé de mis lecturas cuando Leonardo Da Vinci pensó en volar. Ahora los hombres sabían volar. No vi más, cuando regresé a Colombia (1916) fui al lago de Chapinero a conocer de cerca un avión que estaba allí en exhibición y había que pagar 20 centavos por verlo. Por ese mismo tiempo, tal vez era 1917 se anunció que Max Martín volaría en el campo de techo al sur de la ciudad. Yo me fui a verlo. Compré mi boleta de entrada 50 centavos de peso o dólar, y entré al campo. Un rato después vi cuando el aparato se levantó del suelo y voló, muy bajo, cosa de dos kilómetros y regresó. Volaba muy bajo para que la gente que no había pagado boleta no pudiera verlo. Era un aparato pequeño, de tela, el motor y puesto para el piloto y un pasajero. Ya finalizada la primera guerra europea y los adelantos de la aviación eran enormes, pero tan poco que en Colombia se conocieran aviones de pasajeros.



Los primeros fueron los de SCADTA, empresa colombo-alemana, que eran hidroaviones que acuatizaban con especies de canoas en vez de ruedas. La SCADTA fue la primera empresa de aviones de pasajeros de América. Se inició en 1920, en ese año voló 12k y en 1928 voló 929.350k. Fue tal su desarrollo en la línea Girardot-barranquilla que en 1928 había volado 3'100.000 mil de kilómetros con el correo aéreo que se inició en 1921. Yo conocí de cerca las cosas de la SCADTA porque en 1930 fui nombrado delegado de Colombia al Congreso Internacional de turismo – a celebrarse en Río de Janeiro. Cuando en ese Congreso expuse lo que era y lo que había sido SCADTA recibí un ovación para la aviación colombiana y personalmente fui invitado a volar sobre la bahía de Río, invitación que rechacé por miedo al avión.

Este miedo persistió en mí hasta 1949 pues nunca quise usar avión. En este año fui invitado a Manizales para una gran fiesta cafetera a don Manuel Mejía, pensé que yo, como exgerente de la Generación tenía que decir o hacer algo, y escribí un reportaje sobre la carretera Buga-buenaventura por la cual Don Manuel había ofrecido o había prestado \$2'000.000. cuando regresé a Buga se hablaba de mi reportaje a propósito de los planes bugueños. Hubo una gran reunión en el Club Guadalajara y en ella se resolvió enviar una comisión al Quindío, Pereira y a Manizales y a Medellín para interesar sus instituciones comerciales en la obra Buga-buenaventura y me nombraron en esa comisión. Fui con Alfredo Cabal y con Garrido. Yo me personé en las cámaras de comercio de Armenia, Pereira, Manizales y Medellín. Obteniendo el apoyo para la obra de la carretera. Pero en Armenia y debido a un fuerte invierno, se nos cerraron las vías y no quedaba otro recurso que volar o volver a Buga sin haber cumplido la misión. Y volé. De Armenia a Pereira y Manizales, y luego a Medellín y se acabó el miedo.

Situándome nuevamente en los comienzos de mi carrera profesional, he de recordar que en 1922 (¿) trasladé mi oficina a la carrera 8, entre calles 15 y 16, en los bajos de la casa de los del Corral. Y tal vez allí nació la gran amistad que me unió a Jesús del Corral, el paisa más paisa de Colombia; el mejor cuentista de la época y de todas las épocas, el autor de “Que pase el aserrador”, uno de los mejores sino el mejor de los cuentos colombianos. En aquella oficina trabajé con gran intensidad. Hice cientos de defensas en los estrados bogotanos, con éxito y con suerte. Contaré algo que me pasó entonces en relación con un falsificador de billetes: llegó un día a mi oficina una mujer muy linda: 22 a 25 años, alta, delgada, aristocrática, vestida a la usanza de falda al tobillo y mantilla española que se apretaba en la cintura. Yo la vi desde mi despacho y le dije al secretario: dígame a esa señora que tengo mucho gusto en atenderla si me espera un cuarto de hora mientras acabo de atender al señor que estoy atendiendo.



Por fin entró: soy Clementina del Castillo, soy casada con --- y él me ha mandado a pedirle a usted que lo defienda. Lo acusan de falsificador de billetes. Hablé largamente con la dama y le ofrecí visitar a su esposo. Lo hice al día siguiente en el panóptico. Era falsificador y lo habían cogido al salir de un apartamento de la calle 9ª con un maletín en el cual llevaba varios paquetes de billetes falsos, y en el apartamento la policía encontró los troqueles y demás elementos de falsificación. La dama era la heredera (apellido del Castillo), de los marqueses de Surba y Bonza. Hice la defensa. Logré la absolución y al otro día ya libre el hombre fue a mi oficina y me dijo “le debo mi libertad por la cual lucho; y usted me debe mi mujer. Estamos en paz. Ha sido un gran triunfo suyo como abogado y como hombre. Me felicito y lo felicito” sobre este caso escribí luego un cuento que titulé “La marquesita de Sorba y Bonza”.

Otro incidente curioso de esos días fue el hábito con el cura Arenas. Llegó a mi oficina a pedirme que le hiciera un memorial para un juez. Se le acusaba de estafa cometidas en Colombia y Estados Unidos en asuntos petroleros. Me dio todos los informes y le redacté el memorial. Cuando llegó se lo leí en borrador. Le pareció magnífico; me puso por las cumbres y me dijo: venga ese borrador y dígame cuanto le debo. Por partes, le dije. Vale 50 dólares y puede llevarse el borrador o yo se lo hago sacar en limpio por mi secretario, pero previo el pago. Me ofreció pagarme al otro día, pero como yo conocía bien quien era el cura Arenas, me negué. Tenía un lindo reloj de oro con una flamante cadena, también de oro como era usanza. Me lo ofreció en prenda mientras me traía los \$50 dólares. Acepté. Entonces me dijo: un momento Doctor, voy donde un amigo a ver si me los presta y ya vuelvo. Volvió con el reloj sin la cadena. Solté la carcajada de ver semejante pillo tan nombrado y le recibí el reloj.

Otro cuento profesional: defendí un falsificador de monedas. Las hacía en un troquel de libras esterlinas y las doraba en oro, tan bien que las hacía circular. Le cobré por la defensa \$100 (oro) y me pagó la mitad al iniciar mi trabajo. Lo saqué libre y al día siguiente fue a darme las gracias y a despedirse porque se iba para su tierra. Me pagó los \$50 que me debía: \$25 en billetes y \$25 en cinco libras esterlinas. Días después las fui a cambiar y eran falsas. También solté la carcajada de verme tan... inocente.



Sociedad de derecho penal

A principios del año 19 se fundó en Bogotá la Sociedad de Derecho Penal, con los abogados penalistas de esa época. Fueron sus socios que recuerde: Rafael Escallón, José Antonio Montalvo, Rafael Avello Salcedo, Leovigildo Acuña, Miguel Arteaga, Valerio Botero Isaza, Pascamín Córdoba, Fajardo Vega, Alberto Gornaga, Luis Rueda Concha, Ramírez Beltrán, Tulio Serna, Juan Samper Sordo, yo hice parte de la directiva de la sociedad y editamos la revista de derecho penal. Yo, como administrador logré sacar a la luz 12 números y publiqué “Leyes colombianas sobre cancelación” y “contestación al discurso de recepción del doctor Miguel Arteaga”. Después de una sesión, a las diez de la noche, yo, soltero, resolví irme para mi casa. ¿El doctor Escallón tenía dos o tres meses de casado dijo “irse uno para su casa a estas horas? No. Eso es muy perezoso” yo me fui para mi casa pensando: ¿y para eso se casa uno? Y se me clavó esa idea de tal manera que a pesar de mis treinta años me mantiene muy lejano el matrimonio por seis años más.

Por entonces subió electo a la Presidencia de la República el general Pedro Nel Ospina y nombró director general de la policía al General Eloin Jiménez. Entonces la Policía Nacional era un cuerpo honorable pero muy pobre. Basta saber que los agentes hacían su servicio nocturno con vestido de kaki y alpargatas. Y así se vestían en el día. La policía judicial era penosa. Los jueces de instrucción y de Permanencia almorzaban en sus oficinas en portacomidas y con su vaso de chicha. La policía funcionaba en la calle 10 frente a la plaza de mercado. El General Ospina (el mejor presidente de este siglo después del General Reyes) ordenó que se nombrara Secretario General a un abogado criminalista y que se le pidiera candidato a la Sociedad de Derecho Penal. Y la sociedad me escogió a mí. Yo había sido prefecto del Tequendama, Fiscal y Juez superior de Bogotá, sin haber solicitado esos puestos.



Yo estaba muy bien ejerciendo mi profesión y no necesitaba puesto, pero... tuve que atender a la Sociedad de Derecho Penal y acepté la Secretaría General de la institución. Por fortuna el director General Jiménez era una buena persona y un hombre integro por todos los aspectos. Me enfrenté a la organización de la rama judicial. Llevé a los juzgados de investigación a un grupo de abogados jóvenes que cambiaron la faz de la policía. Dávila Tello, Julio ----- son la prueba de mi paso por esa posición. Senté la tesis de que la policía y el ejercito son y deben ser dos entidades diferentes, con funciones distintas. El subdirector del cuerpo coronel ----- se me enfrentó y luchamos, pero el presidente era General, el director era General y los comandantes de cada división eran coroneles. Yo renuncié y me nombraron abogado consultor con sueldo de \$150. Como secretario tenía \$160. Pero ahora iba a despachar desde mi oficina y tenía libertad para ejercer mi profesión. Fue entonces mi mejor época. Durante los años llegué a hacer de 6 a 10 audiencias por mes y eso producía. Con eso compré la Quinta Betania que me costó \$4.000 (dólares pues el cambio estaba a la par) y con eso hice en el solar de Betania por la calle 64 tres casas magníficas, arriba de la carrera 7ª que vendí una a mis hermanas y dos después de casado, pues Betania y las dos casas de la 64 eran mi capital cuando me casé. Y mi profesión.

Algo más: yo tenía una compañía con Aníbal García en una finca en Villeta a donde iba a pasar mis fines de semana, yéndome a caballo los sábados desde Facatativá y regresando los lunes. Salía de Villeta a las cinco de la mañana o antes a tomar el tren de 10 en Facatativá. A las doce estaba en Bogotá y a las 2 en mi oficina. Desde esa hora de los lunes hasta las 12m del sábado trabajaba sin cesar. Siempre iba a las ocho y media de la noche a la oficina a trabajar con mi secretario hasta las 11 o 12. Los domingos que no iba a Villeta estaba en la oficina de las 8 a las 12. Vale aquí recordar: por aquella época cumplía estrictamente con la promesa que me había hecho de estudiar dos horas diarias de derecho penal por encima de las novias y de los bailecitos. Después de tantos años, después de 50 años, recuerdo con agrado aquella época en que me hice persona a fuerza de trabajo y de lucha. Si logré un puesto de altura como penalista; si logré hacer el capital que me ha servido toda la vida y que lo hice de 1918 a 1926, se lo debo, no a mi buena suerte, sino a mi esfuerzo, a mi constancia, a mi dedicación y a mi espíritu de economía. Con ese capital evolucionado en 50 años, eduqué a mis hijos, los ayudé a instalar y vivo muy económicamente tranquilo. Yo viví siempre con mis padres y mis dos hermanas. Yo era propiamente la cabeza del hogar porque mis padres estaban muy viejos. Mi padre murió el 21 de julio de 1926. Era un domingo. El estaba muy agripado y quería ir a misa en Chapinero. Yo le dije que el día estaba muy frío para salir con esa gripa. Rato después, estando yo en el baño me dijo: Alfredito mijo: (así me decía siempre)



ya está haciendo bueno. Me voy. Y se fue. Yo salí a trabajar a mi oficina y a las 11 y media mi hermana me llamó y me dijo que mi padre estaba mal, que me fuera y que llevara tal remedio. Lo hice y a las doce y media llegué a la casa de Chapinero. Al entrar me encontré con el doctor ----médico muy amigo mío y me dijo: es un caso exactamente igual al de mi padre que murió hace un mes. Y así fue. Una neumonía que le duró tres días: el miércoles a las 7 de la noche expiró. Yo estaba arrodillado al pie de su cama y le tenía cogida su mano. Oí que alguien dijo: está expirando. Le tome el pulso. Sentí en mis dedos como se acababa la vida de mi progenitor a quien le debo todo lo que fui, todo lo que he sido. Me dio educación y sobre todo me dio ejemplo. Tenía 87 años exactos. Desde ese momento me sentí huérfano y solo. Fue mi mejor amigo y si yo fui y he sido buen padre lo he sido porque he querido imitarlo a él. Su recuerdo es vivo hoy como hace 50 años.



Viaje a Chita

Siempre fui amigo de viajar, de paseos. Estando en la secretaría de la policía, me llamó el presidente Ospina y me dijo: tengo un problema y es este: en Riosucio hirieron de un balazo a un doctor Gardner, jefe liberal, por cuestiones políticas, según dicen; esto ocurrió en la inspección de policía y no se ha podido saber quien fue el autor del atentado. Quiero que se vaya a ver y haga la investigación. A mi no me obliga tapar bellaquerías de los conservadores. Sea quien sea el autor, hay que investigar. Dicen que el Gobernador no quiere que se aclare el asunto. Yo me fui con un secretario, dos agentes de seguridad y un peón de estribo. Cuando llegué a Cajamarca me avisaron de Palacio: el Gobernador Pompilio Gutiérrez dice que si Cortázar pisa territorio de Caldas que renuncia a la gobernación y que es posible que lo acompañe el gobernador del Valle. El general Ospina que era un gran republicano y que tenía pantalones, me dijo: siga y cumpla el encargo. Seguí, a caballo desde Ibagué, un día a Cajamarca, otro a Armenia, otro a Cartago, otro a Anselma Viejo y otro a Riosucio. La investigación se hizo y dejé en la cárcel al autor del atentado al dr. Gardner. Fui a Manizales y la noche de mi llegada se daba una fiesta conservadora al general Gutiérrez quien había abandonado la gobernación. Pasé dos días en Manizales. Todo el mundo me miraba, me señalaba con el dedo. Entonces tuve una conferencia con el doctor (el mono) y llegamos a un acuerdo político: nombrar gobernador al doctor Arias Mejía, conservador amigo de Pompilio. Se lo comuniqué al general Ospina y este me pidió seguir a Medellín a encontrarme con él. Yo le informé de todo y él aceptó mi propuesta de nombrar a Arias Mejía. Y como si fuera poco el paseo que llevaba hecho me fui a Puerto Berrío y de allí a Barranca Bermeja, y luego fui a Bogotá.

Por aquellos tiempos, siendo juez superior de Bogotá me fui a pasear con mi íntimo amigo Manuel Ignacio Reyes, entonces senador de la República, a Chita en el



departamento de Boyacá. Salimos en automóvil hasta Tunja, y allí teníamos listas las bestias para seguir por Paipa, Duitama, Sogamoso, Tasco ----- Chita, bajando por una trocha que iba por la montaña y que era la vía por donde los indios de Chita subían con la sal. Eran indios esencialmente cargueros: todos, desde el viejo hasta el niño, hombres y mujeres, llevaban sal, a la espalda y sostenida con una cincha que pendía de la cabeza, de la frente. La carga era proporcionada: un muchacho o muchacha de 8 años cargaba 6 libras, uno de 15 años cargaba 20 libras y uno de 20 cargaba 2 y 3 arrobas. La salina de Chita está en un hoyo. Allí brota la sal. Pero hay que cocinarla, o hervirla por varios días para concentrarla en panes o en polvo, y esto se hacía con leña traída de los montes vecinos por medio de cables aéreos de cabuya por donde resbalan garabatos de los cuales penden bultos pequeños de leña. De Chita fuimos a Rodrigo que al regresar tomamos la vía de la campaña libertadora de 1819. Llevábamos el libro de monseñor Peñuela, gran historiador boyacense, y por él nos guiábamos. Al iniciar el ascenso al Páramo de Pisba tuvimos un percance con un caballo y eso nos perjudicó el plan de llegar en el día a Socha. A las 5 de la tarde estábamos a 4 mil y pico de metros de altura. No podíamos seguir. Nos remontamos en un llanito donde las bestias tenían agua y algo de comida. El doctor Reyes, Manuel Ramírez, peón de la hacienda de La Argentina que yo me había llevado como “peón de estribo”, un señor de tasco y yo nos pusimos a preparar un rancho con los troncos de fraylejón que trajimos con las monturas y los encauchados. Con las hojas de Fraylejón hicimos las canoas y allí dormimos.

Muy temprano preparamos nuestra marcha rumbo a Socha. Nos cogió un vendaval terrible. El doctor Reyes le decía al práctico que llevaba: sácanos de este paramo porque nos vamos a morir. Manuel principio a helarse. Le di panela y aguardiente. Lo monté en mi caballo y yo me empeñé en hacer comer a todos. La ventisca pasó y al rasgarse una nube vi, allá abajo, un sector iluminado. Corrimos más y principiamos a descender. A las 10 llegamos, bajando a una planeadita a más o menos 2.500 o 3.000 metros de altura. Ya eso era un clima soportable. Paramos y sacamos lo que quedaba del “fiambre”. Le dimos medio pollo al práctico y lo devolvimos y nosotros seguimos bajando. El doctor Reyes se adelantó a preparar comida para las bestias en Socha y yo acampé en un rancho a esperar a Manuel. Una indiecita boyacense me ofreció lo que tenía: una taza de agua de panela, un kisbery (arepa delgada que me supo mejor que galletas inglesas) y dos huevos tibios. Como no había cucharita para el huevo la mujer me dio una paletica, cuando llegó Manuel con la carga, nos dieron una buena comida de alfalfa para las bestias y arepa huevos y agua de panela para Manuel, me cobraron 4 huevos, las dos agua de panelas y los kisbuyes 14 centavos y 4 centavos la comida de alfalfa. Total 18 centavos saqué un billete de \$1 peso = la mujer me dijo que no tenía vueltas. Le dije que se las regalaba para sus hijitos. ¿Un



regalo de 82 centavos? ¿Para una familia donde el hombre trabajaba en “chambas”, con el agua a la cintura por 10 centavos al día? Yo debía ser un millonario. ¡Que pobreza la de aquella gente! Y eran los descendientes de aquellos campesinos que se quedaron en calzoncillos para vestir con sus pantalones, sus camisas y sus mantillas a los héroes del Pantano de Vargas, de Tópaga y del Puente de Boyacá. Estuvimos de nuevo en país civilizado si así podía llamarse aquello. Fuimos por Santa Rosa de Viterbo. Hasta allí había carretera. La que había hecho el general Reyes en 1908. Y dicen que cuando él regresó al país y fue a su tierra natal (Santa Rosa) y vio que no se había construido ni un kilómetro más, exclamó “Hasta aquí llegó el ladrón” y nosotros lo habíamos tumbado a él, al mejor presidente de este siglo. Y seguimos hacia Bogotá urgidos de llegar para completar una mayoría en el senado para un proyecto de edición de cédulas para salvar la tesorería nacional, tan urgente que el presidente general Jorge Holguín me puso telegrama diciéndome que trajera rápidamente al senador Reyes. Fue aquella una gran excursión en la cual se hizo más íntima mi amistad con el doctor Reyes. Tanto que cuando pensé en casarme y se lo dije me contestó: mira, Alfredo: tú eres un hombre que tienes carrera. Vas al banco y dices que te presten \$x con mi firma y puedes hipotecar mi finca. Pasa por Europa con esa plata, pero no te cases. Pobre doctor Reyes que murió abandonado de su familia.

Y hablando de mi espíritu paseador, amigo de conocer y de estudiar al país, contaré mi viaje a Manizales donde residía la niña Santamaría. Tan linda, tan distinguida, tan elegante. Me encontré en Girardot con el general Pompilio Gutiérrez, ya nombrado en estos recuerdos. El iba como yo para Manizales. Me fui en su grata compañía: era un hombre afable, instruido, inteligente, y de gran posición política y económica. Bajamos de Girardot hasta Ambalema en barco y de allí a Mariquita en tren. Allí nos ofrecieron llevarnos a Manizales en el cable aéreo. Me negué. Era muy peligroso. Y el general y yo comentando su retiro de la gobernación de Caldas, nos fuimos en tres días de Mariquita a Manizales. Un amigo del Colegio del Rosario me preguntó: ¿qué has venido a hacer a Manizales? Yo le dije la verdad: he venido a ver la novia y él me dijo: Alfredo: eso no da para el flete. He ahí dos ideologías. Ya dije como fui prefecto (encargado) de la Provincia del Tequendama, Fiscal del Juzgado Tercero superior de Bogotá, siendo Juez José Antonio Montalvo: Juez 2º superior de Bogotá, secretario de la Policía Nacional, abogado de la misma y cómo había ejercido con éxito mi profesión de abogado penalista. Llegado el año de 1926 subió a la presidencia el doctor Miguel Abadía Méndez, quien nombró a José Antonio Montalvo Ministro de Industrias. Por entonces tenía mi oficina en la carrera 6ª y era abogado de don Sixto López, casado con doña Clotilde Lleras de López y de su hijo Sixto López Lleras. Muy ricos ellos y muy altisonantes en su vida. Me iba bien. Tenía mi finca en Villeta en



donde viajaba con mucha frecuencia los fines de semana. En diciembre de 1925, fue mi viaje a Manizales y de allí me deslicé a Cali. En Cartago conocí a Alicia Holguín, hija de Enrique y casi que me enamoro de ella. De regreso hice escala en Girardot y allí conocí a Leonor Urdaneta, linda muchachita de 17 años. Casi, casi me caso con ella. No lo hice por un disgusto fuerte que tuve con su padre. Era una muchacha muy inteligente. Rotas las relaciones con ella, una tarde me dijo mi padre que mis hermanas se habían ido a Monserrate con las Díaz, que llamara haber si ya habían llegado, lo hice y me contestó Anita. Hubo una larga charla telefónica y allí nacieron nuestros amores. Fue esa carta. Eso fue por ahí en marzo de 1926 y me casé el 13 de noviembre de ese año. La luna de miel la pase en Sasaima y me fui a vivir a la Quinta Betania que ya había acabado de pagar. En diciembre de ese año fui a pasar vacaciones judiciales a Sasaima con mi mujer y con mis sobrinos Blanca y Eduardo. El partido conservador de la región me tenía de candidato para la Asamblea, pero a Anita y a los sobrinos les dieron fiebres recurrentes y eso me impidió asistir a la convención política donde, ausente me derrotaron. Por entonces fui tesorero general del partido y en las próximas elecciones fui elegido diputado a la Asamblea de Cundinamarca.

Estando muy recién casado me llamó el Dr. Montalvo quien había sido ministro de industrias para ofrecerme la dirección de una de las secciones del ministerio. Acepté, lo que fue un gran error para mi carrera. Dejé la profesión y me dediqué a dirigir la oficina de comercio exterior. Organicé la presentación de Colombia en la exposición de Sevilla que fue un éxito y procuré la organización de las oficinas de propaganda de Colombia en Londres, París y Hamburgo, pero no quise ir a Europa. Realmente mi labor en esa posición no fue brillante porque no había un programa, no había una directriz y porque entonces Colombia exportaba café y solo café en un 80%. Apenas pude me pasé de jefe al departamento de fumigación y colonización, donde se podía hacer mejor labor. Lo primero fue crear una comisión de colonización que estudiara el país bajo mi dirección. Fue jefe de esa comisión el doctor Peregrino Osa (vallecaucano) y tesorero el señor Reynaldo Bernal de Villeta. Esa comisión debía estudiar las posibilidades de todo orden para hacer una gran colonización. El doctor Osa estuvo muy inclinado a la sección de Restrepo y Caleña en el Valle, pero los señores --- se opusieron y presentaron títulos de los terrenos escogidos. Visitaron las costas del Chocó y por último los baldíos de Carmen de Apicalá e Icononzo en Cundinamarca y Tolima, muy cercanos a Bogotá. Resueltos a hacer allí la colonia, la comisión entró a preparar los baldíos abriendo caminos carreteables y parcelando en lotes de más o menos 25 fanegadas. El plan fue: adjudicación gratuita de 25 fanegadas a cada colono. Estos debían establecerse en su lote y empezar sus cultivos para lo cual el Estado los sostendría con un jornal diario igual al corriente y pagado por



secciones por 6 a 12 meses según el interés del colono, hubo miles de peticiones y en un año se hizo la colonia de Sumapaz con un pueblo central que se bautizó con el nombre de Villa Cortázar, nombre que yo no quise aceptar. Hoy esa región es comercialmente rica en café y tiene más de 50.000 habitantes.

Mi mayor esfuerzo en esa posición fue la colonización de las selvas del Putumayo. Recuerdo que la semana santa de 1927 me encerré de domingo a domingo a estudiar y a proyectar la colonización dicha. La razón fue: por aquellos días se dio a conocer el tratado con el Perú sobre nuestra presencia en alguna parte del Amazonas, cosa que había discutido tanto el Perú. Yo pensé que el tratado con el Perú sería un mito si Colombia no ejercía con hechos su soberanía. Estudié los mapas de la región que pude conseguir y conferencié con cuanta persona sabía algo del Putumayo y propuse: colonización de las riveras del río Putumayo colocando un colono cada 20 o 50 kilómetros y establecer la navegación permanente para que sirviera a los colonos; abrir el camino de la Tagua para comunicar al Putumayo con el Caquetá y tener así entrada al Putumayo por el Huila y por Pasto. La colonia debía estar bajo la dirección civil de un militar. Era o sería una colonización semi – militar. El lunes santo presenté mi proyecto al ministro y este se lo presentó al presidente doctor Abadía. Pasados unos días Montalvo me dijo: “El Presidente quiere hablar contigo. Te ruego que pidas la cita y vayas bien documentado”. Fui y charlé largo con el presidente que había sido mi profesor de economía en la Universidad Nacional, y el me dijo: acepto su proyecto y usted se va como director. No, le dije, eso sería contrario a mi proyecto, cuyo objetivo es una preparación militar de Colombia para que el tratado con el Perú sea respetado. Convine con él en estudiar el candidato. Busqué al célebre capitán Acevedo, oficial muy distinguido y gran amigo mío, que quizá ya era cónsul y le propuse el puesto. Le expliqué mi proyecto por todos sus aspectos. El se interesó mucho por la navegación y aceptó. Lo nombramos y le di instrucciones para ir a Estados Unidos y comprar allí dos barcos y con ellos entrar por el Amazonas a Leticia y organizar luego la navegación por el Putumayo desde su desembocadura en el Amazonas hasta Puerto Asís. Mientras tanto organizamos un grupo de colonos. El candidato para jefe de este grupo me lo dio Montalvo: un hermano del arzobispo, a quien organicé y despaché por Nariño, entrando por Pasto, la Cocha-Mocoa, etc. Otra comisión de colonos debía entrar por el Huila.

El coronel Acevedo (cuyo retrato está en un grupo de periodistas del año 13 con Ismael Enrique Arciniegas de El Nuevo Tiempo; Eduardo Santos de El Tiempo; Luis Cano de El Espectador, Laureano Gómez de La Unidad y yo de La Patria) cumplió su cometido: fue a Estados Unidos y compró los barcos con los cuales entró por el Amazonas al río Putumayo y estableció la navegación. Esos colonos fueron los



pilones de la soberanía de Colombia sobre la vasta región amazónica. En 1932 Sánchez Cerro, que había “logrado” mantener el Perú, desconoció el tratado Lozano-Salomón. El doctor Olaya nombró general en jefe al general Vázquez Cobo que estaba en París y él se vino a enfrentarse a los peruanos y tuvo como asesor práctico al coronel Acevedo, mi jefe de colonización.



Fundación de la Federación Nacional de Cafeteros

Cuando entré al Ministerio de Industrias reemplacé al doctor R. Camacho, anterior jefe del departamento. Era buen amigo. Al entregarme el cargo me entregó unos papeles y me dijo: “en Medellín se reunió una Asamblea de cafeteros. En ella estuvieron Gonzales Valencia, Carlos E. Restrepo, Mariano Ospina y otros. Ellos crearon en un acuerdo, la Federación Nacional de Cafeteros en el papel, pero no se ha hecho nada y eso se ha quedado así, sin dar un paso. Te lo recomiendo.” A esa reunión había asistido el doctor Gaitán como delegado del Gobierno. Su presidente fue don Antonio Samper Uribe; vicepresidente General Ramón Gonzáles Valencia; segundo vicepresidente el general Vázquez Cobo. Fueron suplentes don Gabriel Ortiz

Williamson, don José J. Salazar, don Luis Montoya Santamaría. Este congreso se reunió por primera vez en agosto de 1920 y por segunda vez en 1927. Fue en este año que se creó la Federación por medio del acuerdo N°2 de 1927. Estudiados los papeles que me entregó el doctor Camacho, y resuelto a llevar a cabo el proyecto de hacer la Federación, pase una invitación a los nombrados como miembros del Comité Nacional por el congreso. Aceptada la invitación y siendo yo el representante del Gobierno Nacional, propuse en sesión del día --- de ---- ese año la organización de la Federación. Esa primera sesión del Comité Nacional la presidí yo. Se me ofreció ese día la presidencia del Comité Nacional pero no acepté, y propuse para esa distinción al general Mariano Ospina Vázquez, que era el real representante de Antioquia ex – ministro de guerra, actual secretario del Banco de la República y personalidad de gran distinción por su saber y por ser un hombre muy ponderado. Resuelto ese punto, les ofrecí que la secretaría la desempeñaría mi secretario completamente ad honorem. Las reuniones se siguieron haciendo en mi oficina pues no teníamos modo de pagar arrendamientos. No teníamos ni una caja



de papel. A propuesta de Ospina Vázquez cada uno de los miembros del Comité Nacional de Cafeteros del país 2do productor mundial del grano, aportamos \$5. En total \$35, y con ellos se iniciaron las labores de la Federación. Los aportadores fueron: Mariano Ospina Vázquez, Alberto Carrillo Suárez, Julio C. Gaitán, Gabriel Ortiz Williamson, Jesús del Corral, Liborio Cuellar Durán, Jaime Bonilla Plata y yo. ¿Como se hizo la fundación de la Federación? Yo escribí una reseña breve sobre este tópico que aparece en el N° 143 de la Revista Cafetera de Colombia de marzo y abril de 1968 páginas 48-57, y mis hijos podrán leer allí lo que aquí no quiero repetir. Solamente quiero decir que la ley 76 de 1927 y el contrato entre la Federación y el Gobierno los preparé y los llevé a su aprobación. En cuanto a la ley debo contar lo siguiente: el proyecto pasó en la Cámara y pasó luego al Senado que lo aprobó en 1 y 2 debates, pero la víspera de clausurarse el Congreso faltaba un debate. Concurrimos el general Ospina y yo al senado. Abierto el debate el senador ciego --- del Valle inició su defensa y se demoraba más de lo necesario. No había opositores. El senador Mesa Machuca oriundo de Sativa Norte, había aprendido a leer en una escuela de lugar que regentaba mi hermana Julia, (en su comunidad hermana María San Joaquín). Yo le pedí su ayuda para que hiciera callar al senador fue a este y le dijo: senador todos vamos a votar la ley, pero si usted sigue defendiéndola se levanta la sesión y no se aprueba. El senador suspendió su discurso y el senado aprobó la ley. En relación con el contrato entre la Federación y el Gobierno, tengo que contar yo discutí palabra por palabra del contrato con el ministro Montalvo. Aprobado por él y por mi (aún no era gerente, sino jefe del Departamento del Ministerio) lo sometimos a la aprobación del presidente doctor Abadía; luego se envió al consejo de Estado para su aprobación. Entonces negocié la aprobación porque en una cláusula se establecía que si llegaba a haber diferencias entre el gobierno y la Federación, esta diferencia sería arbitrada. Yo supe que el doctor Montalvo había intrigado para que no se aprobara lo que él había filmado, y me fui donde el ponente doctor Vesca y le explique y le conté ciertas intimidaciones del desarrollo de la ley y del contrato. Pedí la reconsideración de la sentencia que fue reconsiderada y el contrato aprobado.

Nombrado primer director o gerente de la Federación, presenté renuncia de mi puesto en el Ministerio y me entregué en cuerpo y alma a la organización de la entidad. Nombrado el secretario que lo fue el doctor Julio C. Gaitán. Representante a la cámara y luego Gobernador de Cundinamarca, gran persona, honorabilísimo y muy amante de la Federación, hubiera quedado muy bien de gerente. Pero como secretario no me daba el rendimiento que yo necesitaba. Entonces le ofrecí a Mario Aníbal Melo, casado con mi hermana Clotilde el puesto de oficial mayor y secretario del Comité. Aceptado, él fue mi mano derecha en la organización. Gerencé la



Federación en 1927, 1928 y 1929. Pero por mi desgracia abandoné la profesión que me había dado posición política y profesional y mis buenos ahorros, tantos que cuando se iba a hacer el Congreso de Manizales yo le presté a la Federación \$2500 (dólares).

Cambio al 101%). Allí tuve muy buenas relaciones con el doctor Uribe, Ministro de Relaciones Exteriores. A fines de 1929, él me ofreció el consulado en Beirut y me dijo: allá hay una de las mejores bibliotecas del mundo y yo quisiera que usted se fuera a estudiar allí unos dos años y luego volviera a servirle al país. Agradecí. Y no me negué. Por esos días escribí una serie de artículos en El Tiempo de Bogotá sobre el comercio del café y en especial sobre la situación del Brasil en la industria. Los firmaba “un cafetero”, pero yo convine con el periódico en que no se daría el nombre del autor. Esos artículos se leían en las sesiones del Comité Nacional. El doctor Uribe que, como Ministro de Relaciones Exteriores era miembro del Comité, propuso que se nombrara a un cafetero como delegado de la Federación en Sao Paulo. Yo seguí ocultándome y seguí escribiendo. En una sesión dijo el doctor Uribe que Eduardo Santos iba a pedir permiso a su colaborador para dar el nombre. Eduardo me llamó y me dijo: el ministro quiere nombrar a “un cafetero” cónsul general en Brasil. Me entusiasme. Deseaba más ir a sur américa que a Europa y el cercano oriente, y me descubrí. Me nombraron cónsul general en Brasil y delegado de la Federación en Sao Paulo, con orden de visitar Perú, Chile, Argentina y Uruguay estudiando los mercados cafeteros. Acepté con 1000 dólares de sueldo y viáticos, así se cerraba mi actuación en la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia de quien fui su niñera. Me sucedió Mariano Ospina Pérez (sobrino de Mariano Ospina Vázquez), pues vino una interinidad de Enrique de Narváez en la revista que se editaba bajo mi dirección pueden verse mis informes. En ellos hay algo sobre la flota marítima que iniciamos en 1929. La revista cafetera por su edición de marzo a abril de 1968 N° 143 hay una historia de la fundación de la Federación.

Nombrado cónsul en Sao Paulo, en los primeros días de 1930 salí con Anita y Marina de dos años y una ama de la niña, vía Barranquilla. Allí nos embarcamos rumbo a Panamá donde tomamos barco de la flota santa rumbo al sur. Una pequeña temporada en Lima y luego rumbo a Chile donde estuvimos por meses estudiando el mercado y haciendo contactos para el café de Colombia, de ahí pasamos a Buenos Aires con el mismo objeto, luego a Montevideo y por último a Sao Paulo, por barco entramos por Santos. Como Anita estaba esperando a Alfredito, llevamos una vida sencilla. Primero vivimos en Rua Olinda y luego en el Jardín América en una bella casa que su dueño me alquiló por US\$100 valiéndome US\$500, porque lo que me necesitaba era quien le cuidara porque se iba a escapar de la crisis a su “Fáscula” de café.



En Sao Paulo me relacioné como era natural con los altos gremios y en especial con los grandes cafeteros integrantes de la Sociedad Rural, en la cual me hicieron socio. Desde que salí de Colombia estudié portugués todos los días, en Santiago era ministro de Colombia el Dr. ---- quien me dijo: “no pretenda saber portugués en un año, yo fui cónsul en Brasil por 4 años y no pude hablar portugués”. Al cabo de 6 meses yo me sentía hablando portugués y viene al caso una anécdota muy curiosa: se me invitó en la Sociedad Rural Brasileira a dar una conferencia sobre el café, acepté y resolví hablar en portugués. Me sentí muy bien, la gente me entendía, durante la conferencia me hicieron preguntas que yo contestaba con mi magnífico portugués. Pasada la conferencia se me acercó un caballero muy distinguido a felicitarme muy efusivamente, yo le pregunte: siendo usted cafetero, dígame que tema de mi conferencia le ha interesado. Él me dijo: “toda la conferencia me ha parecido muy interesante, pero es que yo he viajado por la Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y jamás había oído un español más puro y más claro que el suyo”, que desilusión para mí, ese era mi portugués.

Cada vez que yo trataba sobre café con los altos dignatarios del café me decían: si, Brasil es el parachuzos de todos los cafeteros, es decir, somos el paraguas que defiende a los cafeteros del mundo. ¿Y porque no nos unimos? Dije una vez, ¿por qué no hacemos la defensa entre todos? La idea fue acogida, se llevó a los más altos círculos hasta que la acogió la Sociedad Rural Brasileira y de allí nació el primer Congreso Internacional del Café que se reunió en Río en 1931 y al cual asistió el Dr. Mariano como observador. Entonces nació la cooperación mundial de los cafeteros. Yo colaboraba en la revista comercial de los Levis que se editaba en Sao Paulo, y fui tan amigo de los Levis que los dejé encargados del consulado. Antes de venirse él me propuso que me encargara de la dirección de la revista con US\$500 al mes. Por aquellos días quise comprar una finca productora de naranjas en “Laranguiras”. Era un magnífico negocio el cual me montaba el conde ----, pero entonces recibí una carta de mi madrina la cual me decía: “estoy muy vieja y enferma y ya no te volveré a ver, te mando mi bendición”. Al otro día estaba arreglando viaje para Colombia con mi mujer y ya con mis dos hijos Mariana y Alfredo que había nacido el 11 de julio (1930) en la clínica de la Baconera la Limerá.

Y mientras luchaba en Sao Paulo por los intereses de Colombia, mi amigo José Antonio Montalvo, ministro de industrias, a pesar del cual se fundó y se organizó la Federación, hacía sugestivas maniobras y mi cuñado que conocía todas mis actuaciones no se atrevió a enfrentarse al Dr. Montalvo por miedo de su puesto. Cuando regresé a Colombia a principios de 1931 estaba el país en plan crisis con el café a 7 centavos en Nueva York. Había mucha miseria como no la ha habido en



Colombia. Decidí ejercer mi profesión y monté mi oficina en la carrera 9ª de Bogotá, entre las calles 14 y 15, segundo piso donde después la tuvo Jorge Eliécer Gaitán. Pero nadie tenía con que pagar un abogado. Vino la moratoria de Olaya Herrera, no se podía ejecutar a nadie. La gente se dejaba tener en la cárcel porque no tenía con que pagar una defensa. En los primeros días de regreso al país yo no pude apreciar lo profundo del mal. Por entonces compré la finca de Cajicá que denominé El Pomar. Vendí por \$5.000 una de mis casas de la calle 64 y monté la finca. Hice una linda casa y sembré cientos de árboles frutales que importé de Chile. Pero la situación se agravaba día por día, luché como un titán para sobreaguar, pero la situación era desastrosa, ejercía en Bogotá y en Zipaquirá a donde iba los martes. Pedí a la Federación (a mi Federación) que me pagara mis últimos sueldos. El doctor Mariano Ospina me alegó que yo había hecho despachos por la legación de Colombia en Lima, 10 toneladas de guano sin autorización de la Federación. No era verdad, yo tenía autorización para despachar muestras, y dijeron que 10 toneladas no eran muestra. Yo sostuve que apenas servían de muestra para ensayo en los miles y millones de cafeto. El Dr. Ospina se impuso y me dijo que yo tenía que responder personalmente por el valor que eran \$900, acepté. Me pagaron el sueldo y me llevé el guano para El Pomar. Aquello olía a diablos. Preparé tierras y sembré 10 fanegadas de papa, y para salir del guano lo revolví con arena y se lo eché todo a la sementera de papa. Fue un éxito, entonces me ofrecieron de Caldas y del Tolima la representación para el Congreso Cafetero de Cúcuta. En un principio me negué porque no quería nada con el Dr. Ospina Pérez, al final acepté la representación de Boyacá, más que todo por los \$500 (¿) de viáticos que pagaban. Fui a Cúcuta y lo que economicé lo traje para pagar los piones de la desyerbada y el aporque de las 10 fanegadas de papa. Mi situación llegó al punto, yo tenía mi quinta "Betania" en la calle 65 y una casa en la calle 64, la una arrendada en \$650 y la otra en \$40, pero debía los impuestos del año 30 y 31 y me embargaron los arriendos. En el pueblo de Cajicá había la tienda de los señores donde me daban los víveres de la casa que yo pagaba cada mes, pero en este mes no tuve con que pagar \$46 que se debían, pero la cosecha de papa era hermosa. Tanto que un día se me presentaron el Dr. Ospina y Camilo Serna a ver si era verdad que yo tenía la más bella sementera de papa de la sabana. Y por fin resolví empezar a cosechar, a coger papa, pero no tenía con que comprar empaques para llevar el producto a Bogotá. Vendí mi vaca de leche, daba 10 a 12 botellas y la vendí por \$18. Con esos \$18 compré empaques y pude pagar piones (a 30 centavos al día los hombres, a 20 las mujeres y 10 los muchachos) para sacar y escoger. Por fortuna yo había estudiado en Brasil algo sobre este cultivo y recolección. Por fin salí para Bogotá con 10 cargas que vendí a \$10, ¡un dineral! \$100 era para sentirse uno rico. Mi papa era la primera de la cosecha y logré vender casi toda a \$10, saqué 800 cargas que produjeron como \$7.000. Con ese dinero



compré una casa en la calle 66 (i) entre carreras 13 y 14 por \$3.500 y me sentí rico. Me sonreía la suerte, pero a que precio, si yo había pasado 3 meses regando mi sementera con bomba desde las 7 de la noche hasta la 1 o 2 de la mañana envuelto en un grueso sobretodo. Y todavía era cónsul general de Finlandia ante el Gobierno de Colombia. Hice frente a todo lo económico y triunfé. Por desgracia fue entonces cuando se acabó la paz de mi hogar: se casó mi hermana Clotilde, se casó mi sobrina Blanca que había sido como hija, se murió mi madre y rompí relaciones con toda la familia de mi mujer. Se acabó la paz, pero seguí luchando. Económicamente en 1934, 35, 36 y 37 me rehíce. En el congreso de Cúcuta me eligieron ministro del Comité Nacional de Cafeteros. Asistí a una sesión, pero como Mario Aníbal Melo ejercía la función de secretario y los estatutos prohibían emplear a cualquier pariente de los miembros del Comité, me retiré de todo, renuncié. En estos años 34 a 37 me dediqué a la agricultura (papa, maíz y trigo) y me fue bien.



Paseo al Valle del Cauca

En los finales de 1939 se me ocurrió dar un paseo por el Valle del Cauca, me vine con la esposa, demoramos en Ibagué, Armenia, en Tuluá, en Buga, en Cerrito, en Cali y paramos en Popayán. Desde los primeros años de mi vida mi padre me enseñó a amar el Valle, mi tierra decía él. Él me contaba cosas del Valle: como había tenido que salirse de Cartago porque los liberales “perreristas” lo habían cogido a él con dos compañeros, a “perrero” que casi lo matan.

Los tres huyeron de Cartago y se metieron a la montaña entre Cartago y el Quindío, y allí pasaron 11 meses sin recibir auxilios; mi abuela Eloísa les llevaba paquetes de sal y los dejaba en un sitio convenido en el camino que venía hacia el sur. Yo pues, en las palabras de mi padre, aprendí a amar el Valle.

En este paseo me ofrecieron la finca La Platina y a mi no me disgustó la finca “de oídos”. Seguí al Cerrito y allí me demoré para hacerle una vuelta a don Pedro Cucalón padre de Ana María, casada con mi amigo el Dr. Cleus Vargas. Don Pedro me acogió como si fuera de su familia y no me dejó salir sino hasta pasados 4 días, en los cuales hizo venir a la finca a sus hijos y nietos para presentármelos. El segundo día me levanté muy temprano y vi en las cercanías de la casa un árbol inmenso vestido de garzas blancas. Fue un espectáculo impresionante que me volvió valluno. Desde ese día empecé a considerar mi radicación en el Valle. Pasé dos días en Cali y otros en Popayán para regresar, pero hice escala en Tuluá para ver algo de la finca que me ofrecían, no fui a verla, pero me enteré de todo y ofrecí regresar solo. Así lo hice, y en menos de un mes volví a Tuluá, la finca tenía 920 fanegadas, me mostraron el plano y me enamoré de La Platina y ofrecí por ella mi quinta Betania de la calle 65 en Bogotá y la finca El Pomar en Cajicá. Así cerré el negocio y me hice hacendado en el Valle del Cauca. Para hacer este negocio tuve una fuerte oposición, creo que toda fue de parte de la familia Díaz, pues quien se mostró más interesado en la oposición fue



el General Carlos Cortés Vargas. Era un gran amigo, pero tuve que enfrentarme a él, tanto que mi hermano Nicanor me llamó la atención sobre la manera fuerte con que yo defendía mis puntos de vista y mis razones, no comerciales sino sentimentales para irme a vivir lejos de Bogotá. Entregué el Pomar y recibí en noviembre del año 1937 La Platina. Compré el yegüerizo con 457 bestias (eso si fue un error) por \$4000 que los pagué con la renta de una casita que tenía en la carrera 14 (Avenida ----) de Bogotá. En los primeros días de diciembre de 1937 salí de Bogotá rumbo a Tuluá con mi esposa, mis hijos Marina de 9 años, Alfredo de 7, Augusto de 5 y Leopoldo de 3, además me traje a Alfonso y su hermana para el servicio de la familia. Ya había tomado en arrendamiento la casa nueva de la hija de doña Bertilda, campo de Jaramillo. La casa no estaba concluida y tuve que esperar para que la acabaran de pintar, valía \$40 al mes, entonces me fui directamente a La Platina donde estuvimos hasta el 23 de diciembre y ese día nos radicamos en Buga. La mayor parte de mis muebles me los hizo el señor en Buga, otros fueron traídos desde Cajicá y Bogotá. Y empezó la lucha, yo estaba feliz, tenía una hacienda de cerca de 1000 plazas en el Valle y tenía esperanzas que me fueron fallando. En 1938 tuve una formidable cosecha de café que se malogró por las siguientes razones: en el mes de febrero me fui a caballo con los hijos mayores a esperar el automóvil que había contratado para ir a Buga, debía ir hasta el río Morales. Esperando el auto nos metimos todos al río y nos pusimos a rochelear con tan mala suerte que se me estranguló una hernia. Al llegar a Buga llamé al Dr. Regifo (Tomás) y él me ofreció operarme, pero como el peligro había pasado, aplacé la operación. La familia Cucalón me aconsejó el médico ecuatoriano Dr. ---- gran cirujano, quien tenía su clínica en Cali. Allí fui, arreglé con él y él me operó. Como cosa curiosa y como la prensa dio cuenta de mi enfermedad, recibí un bello ramo de flores de Martina Santamaría que vivía en Cali. Pasados 3 o 4 días me hicieron levantar, pero no resistí el dolor y así seguí por 6, 8 o diez días y por no se cuanto más. Me vine a Buga y me siguieron los fuertes dolores donde había sido la operación, al mes siguiente volví donde el médico, pero no pudo hacer nada, me fui donde el médico de Tuluá y él me mejoro algo, pero lo cierto fue que a los dos meses de operado no podía subir una grada, y vino la cosecha de café y yo en cama. Por fin en julio me fui a la Platina, en auto hasta el río y de allí para allá en guarado, vigilé lo que pude, pero la cosecha de café se perdió en un 50% y el precio fue de \$1,50 la arroba, \$15 la carga. Al final del año manejaba las 920 plazas desde la casa donde me movía con bastón. Me sentía ahogado, me sentía perdido y no sabía a quién acudir, ¿y mi familia? Anita y los 4 hijos, Mariana la mayor de 10 años y Alfredo de 8 que podían hacer en una finca enorme, pero sin rentas. Entonces cambié gran parte de la finca por unas casas en Armenia que por lo menos les daría con que comer. ¡Fue la situación más terrible! Entonces hice un negocio para sembrar arroz con don, sembramos más de 100 plazas y se dio maravillosamente, entró como



socio también ---- Fernández. El arroz se dio divinamente, pero cargó poco, a la segunda cosecha dio menos y a la tercera abandonamos los cultivos, yo no perdía sino el arrendamiento de la tierra.

Volví los ojos al yegüerizo, saqué a la feria de Tuluá (1939) 20 potros bellos, eran estampas hijos de “Mussolini” un bello caballo del paso castellano. Llegué enfermo a la feria y a las 2 de la tarde no había logrado vender los 20 potros, yo esperaba venderlos a \$50, es decir, recoger \$1000. Logré vender dos a \$20, la bancarrota, vendí casi todo el yegüerizo, yegua por yegua a \$10. Y me seguía batiendo con la familia en Buga pagando \$35 de arrendamiento y gastos de la familia. La cosecha de café del año 39 me dio algo, pero poco: el cafetal era muy viejo y yo no tenía dinero para los cultivos, no me amilane. Ya en febrero o marzo de este año 39 volví a montar a caballo.

Una tarde llegaron varias personas de la ciudad a proponerme que en la cola de la finca hiciera un pueblo. No me disgustó la idea. Tomé como base la “casa del arroz”, esquina de la que después fue la “plaza de arriba” e inicié la parcelación. Las primeras casas se hicieron al lado de la carretera (apenas en construcción) a la subida, al lado izquierdo, lado norte. Fueron unas ocho casas, vendida o cambiada la parte de debajo de La Platina, resolví hacer casa en el pueblo, y la hice en los primeros meses del año 39 donde hoy está (uno de los costados de la plaza de arriba).

Ya tenía amigos en Buga, me fui al Banco de Colombia donde el gerente era el Dr. Ríos y me prestó \$1.000 para comprar ganado. Podía cambiar el yegüerizo por un establo. Con los \$1.000 me fui a Popayán donde había buen ganado “blanco orejinegro” el único que servía en La Marina por ser el más resistente al nucho. Compré 6 vacas horras a \$45, 10 novillonas a \$35 y 15 terneras grandes a \$21. Con lo que me quedó pagué los transportes y monté mi lechería. A los seis meses vendí 10 botellas diarias a 10 centavos, y subí hasta vender 100 botellas a 10 centavos, o sea \$10 diarios y los terneros. Seguí vendiendo yeguas y potros.

En la semana santa del 39, la familia fue a La Marina a la casa que estaba haciendo aún inconclusa, y en julio en los asuetos volvió la familia y la casa ya estaba. Esa casi la hice con planos míos y dirigida por mí. La guadua la hice cortar en la finca, en menguante y a las 5 de la mañana, la madera en gran parte fue de la finca, ya estaba saliendo de mi mala situación económica y resolví llevarme a la familia a vivir conmigo, y mandé a Marina al colegio de Pasto con Alfredito y al siguiente los dos fueron al colegio de Popayán.



En Popayán me preparaban el remedio de untar para las noches y que se echaba a mano, aún no se había inventado el ----.

El pueblo creció vertiginosamente, todas las montañas de la región de La Marina se poblaron de “paisas” que tumbaban montaña y hacían potreros. Entonces inicié el negocio de dar ganado “al aumento”, es decir, repartir las utilidades. Unos me pedían una ternera, otros dos, otros cinco, y yo les daba a todos, llegué a tener 180 animales al aumento. Los días de frío, segundo sábado de cada mes, me traían el ganado que ya se debía vender y se llegaba otros, cada vez de mayor número; los días de feria no almorzaba hasta que se acabara la feria: me batía como un león, pero al negar me dejaba buenas utilidades. Yo salía (a veces con la familia) y recorría todas las fincas donde tenían ganados y así apreciaba mis socios.

En 1943 ya había salido de la miseria y resolví que la familia volviera a Buga, yo me quedé solo en La Marina, iba a Buga cada 15 días y en esta labor titánica me acompañó desde el comienzo Eduardito. Eduardo Cortázar Palacio, hijo de mi hermano Marco Tulio, muerto en Dusseldorf Alemania siendo ministro de Colombia, Eduardito fue mi quinto hijo, yo fui para el su padre. Él murió en La Marina en 1931 cogido por una banda de la planta de luz que él había montado. Si él no hubiera muerto yo no hubiera pasado tantos trabajos en mi lucha por salir a flote.

En los primeros años de la década de 1940 el pueblo crecía y crecía, yo vendía lotes de 10x40 varas a \$40, pagaderos por cuotas de a \$65 pagados cada mes o cada año. La fundación y el desarrollo del pueblo La Marina no fue un negocio: fue una “chifladura”, aquello subía como espuma, había muy buena gente, don Teófilo Palacio y su familia los Quiroga, ----- . Se hacían fiestas de toros con frecuencia, monté el acueducto con una tubería de hierro que me regaló Manuel Mejía, gerente de la Federación de Cafeteros, y a inaugurar los trabajos concurrió el general Rojas Pinilla, entonces comandante de la brigada de Cali y otros amigos; inauguramos el edificio escolar para hombres y el de niñas, ambos con fondos del Departamento. Recuerdo que el primero se hizo así: la asamblea votó partidas para hacer cuatro edificios escolares, yo solicité al gobernador que uno de los cuatro se hiciera en La Marina, y el gobernador con gran honradez me dijo: “usted sabe como es esto, cada edificio tiene su padrino político y hay más de cuatro padrinos, así que...” está bien, le contesté. Yo no soy, pero he sido político y comprendo, me fui a Bogotá y le dije al presidente Dr. Eduardo Santos, compañero de labores y buen amigo, cual era mi deseo. Sin más hablar sacó una tarjeta y escribió: “Eduardo Santos, presidente de la República, saluda atentamente al señor gobernador del Valle y le ruega atender a su amigo Dr. Cortázar Toledo para que se le construya una escuela en el pueblo que él



ha fundado.” Entregué personalmente la tarjeta, y el gobernador me dijo: “Muy bien. Se hará la escuela en La Marina” y se hizo.

Por el lado eclesiástico la lucha fue titánica. Cuando se dijo la primera misa, el párroco de Tuluá me dijo: “no me gustan esas capillitas que me disgregan mi grey”.

Al poco fue a la Marina a decir misa, y la dijo en la plaza. Se echó un sermón violento contra los franciscanos y contra la falta de sumisión de los marineros. En seguida convocó a 10 o 15 personas para regañarnos como a “muchachos campesinos”.

Yo, que tenía idea de lo que iba a suceder, me armé de una vieja tarjeta de puño y letra del arzobispo primado de Colombia presentándome al clero de la provincia de Facatativá como persona “en que podían confiar absolutamente” etc. Cuando leí la tarjeta en la reunión al párroco de Tuluá, se calló y la pelea se acabó y poco después se fundaba la parroquia de La Marina.

Yo había sido político, diputado a la Asamblea de Cundinamarca y representante por Albán, Villeta, Sasaima, etc., pero no quería ser político en el Valle. Nunca acepté candidaturas, pero sí dirigí a los conservadores de La Marina: Federico Restrepo y el Negroeran mis contendores, hacíamos elecciones de gran interés, poníamos votos por miles y al cerrar las votaciones nos abrazábamos en público los jefes. En 1946 fueron los señores Uribe de Palmira, dueños de la hacienda Zorrilla a proponerme que les diera para sembrar 50 plazas de caña, para molerla en su trapiche recibiendo yo el 27% del producto bruto (panela), se hizo el negocio y además les presté, dándome en prenda la plantación, la suma de \$5.000.

Estos señores muy elegantes, se fueron a pique, gastaron lo que no tenían y se quebraron. La caja les embargo a Zorrilla, el secuestre fue un fracaso y entonces yo tomé las cañas, monté un trapiche en La Marina y me hice gran productor de panela. Molía 80 a 100 cargas de panela a la semana, entonces compré a Zorrilla con sus muchos pleitos que tenía encima. Poco a poco fui zanjando pleitos y pagando deudas de los Uribe hasta quedar libre. Así me cogió la lucha política de 1946, apoyando a Ospina Pérez, y fueron cuatro años terribles y horribles, yo me aparté, no podía ser partidario de los conservadores que mataban por hacer ejercicio. Fui un “patiamarillo”, por fortuna fui perseguido, pero no perseguidor. La vida se me hizo imposible y tuve que aceptar la alcaldía de Buga para garantizar un poco mi vida. Recuerdo el telegrama tan diciente de mi hermano Roberto: “por tratarse de la ciudad señora pasé” días amargos, noches de insomnio, me asaltaron en casa, me robaron cuanto pudieron, pero salí ileso. Fui alcalde de Buga en 1950, 1951, 1952 y



1953. En 1953 dejé la alcaldía para organizar las Empresas Municipales de Buga que yo había fundado. Fueron años (1950-1954) el despertar de Buga: se llevó la luz del Nimo, se hicieron 13 kilómetros de alcantarillado; se montó la planta telefónica, se hizo la venida a Guadalajara; se construyó el hotel de turismo, se pavimentaron 68 cuadras de la ciudad etc., etc.

Volví a La Marina, pero aquella era invivable, también parte de los edificios los habían incendiado. Entonces me ofreció el gobernador la dirección del departamento de valorización del Valle, acepté y me fui a vivir yo solo a Cali. Hice una buena labor construyendo en dos años 298 kilómetros de carreteras de penetración a precios bajísimos como se ve en el cuadro que tengo enmarcado en mi pieza, pero yo no quería seguir siendo empleado y me salí. Yo había vendido por esa época a Zorrilla al turco Tarvil, y como él no me cumplía con los pagos le recibí parte en ganados, parte en dinero y parte en un lote de 8x20 metros en Tuluá.

Con las economías de mis sueldos fui haciendo el edificio conocido con el nombre de Toy – San de Tuluá, también debo recordar que por la época que estoy reseñando, compré la casa de la calle cuarta de Buga, la compré por \$900 y la rehíce gastándole \$7.000, más tarde saqué de allí el apartamento que ocupó mi hija Marina cuando se casó.

¿Después? Repartí mis bienes a mis hijos reservándome el arrendamiento de la casa de Buga y del edificio de Tuluá, y me quedé sin nada que hacer, no hago nada y no me sobra una hora para mí. He sido secretario y presidente dos veces del centro de historia Leonardo Tascón y presidente y director de la Casa de la Cultura de Buga, así es mi descanso: sirviendo Ad – honorem a la sociedad.



MIS HIJOS

Y para finalizar este cuento de grandes rasgos de mi vida, cuando ya voy a cumplir 86 años y aún soy persona, quiero decir algo sobre mis cuatro hijos que fueron mi recompensa. Tengo la sensación de haber sido un hombre honesto bajo todos los puntos de vista y a través de estas 8 ½ décadas: 1. No me he emborrachado la primera vez a pesar de que, para mi un trago de buen vino, o de buen wiski, o de buen ginebra lo sé paladear, me gusta por sobre todo la champaña, me gusta el licor y jamás me emborraché. Se debió a mi gran fuerza de voluntad, soy y fui siempre enemigo de deudas porque creo que uno tiene el derecho y la obligación de vivir tranquilo. Me voy a morir y no conocí enemigos, los compañeros de colegio con quienes “trompeábamos”. Nunca grité en mi casa, ni eché un ajo, ni exterioricé mis cóleras. Fui económico, no hambriento. Respeté las creencias ajenas porque creo que todo el mundo tiene derecho a ser tonto y a que le respeten sus tonterías. Me gustaron las mujeres porque esa fue la honrosa herencia de mi padre, pero jamás fui un perdido.

Esa fue la verdadera herencia para mis hijos. Yo creo que ellos me han superado si se considera que ellos son de un siglo y yo del anterior, y en este siglo la humanidad se echó a perder o a salvar, según las teorías de la segunda mitad del siglo XX. Me he sentido honrado con mis hijos, todos y cada uno, si con ellos fui severo que me lo perdonen, pero que se ufanen de que los enseñé a trabajar y a ser honestos.

MARINA: ha sido un dechado inigualable.

Inteligente, activa, diligente. Si me dieran la facultad de proyectar el mundo, haría a las mujeres como mi hija: trabajadora, luchadora, inteligente, capaz, bacterióloga de fama, buena ama de casa y buena mamá. Tal vez demasiado buena mamá. Ha cuidado con entusiasmo sus bienes; fue económica y buena economista casera. Se casó con Eduardo Isaza Gómez quien inventó la pólvora a los 40 o a los 50, y no a



los 20 ni a los 30. gran señor, culto por excelencia. Es su insignia y por eso lo quiere y lo admira la gente, y por eso, por su cultura, yo lo he querido y respetado.

ALFREDO: nació en Sao Paulo, Brasil. Estudió en el colegio deen Bogotá, con el doctor Barreneche en Cajicá, con maestra en La Marina, en el colegio de Pacho un año y otro en el de Popayán. Terminó bachillerato en el académico de Buga, después entró a la universidad Javeriana y se graduó de odontólogo, ha ejercido con gran éxito en Bogotá. Se casó con Cecilia del Río Silva, también odontóloga. Han trabajado juntos y han formado un capital bien regular. Alfredito tiene unas cualidades sobresalientes: es un gran caballero, se preocupa de hacer sus cosas bien para ganar prestigio y lo tiene él y lo tiene ella como profesionales. Añora el Valle que ha sido su tierra prometida y prohibida. Buen padre, buen esposo, buen compañero, buen amigo, gran señor.

AUGUSTO: nacido en Cajicá en 1932 en los días negros de diferencias familiares. También tuvo maestra en La Marina y luego cursó donde los Hermanos Cristianos y en el Colegio Académico de Buga. Obtuvo título de avicultor en la universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá. Fue mi mejor compañero en mi lucha en La Marina y dejó los estudios para vivir conmigo en La Marina. Se casó con Hayde Giraldo que ha sido para mi una segunda hija. Es una gran mujer, de lo mejor que yo he conocido y ha sido el alma de Augusto. Sigue ejerciendo su profesión de avicultor.

LEOPOLDO: el último, vino al Valle de 3 años y aquí se levantó. De chico muy consentido a pesar de lo cual siempre se mostró muy hombre. Estudió donde los Hermanos Maristas y en el Académico de Buga.

Luego de prestar el servicio militar se fue a la Facultad de Agronomía de Palmira donde se graduó de ingeniero agrónomo. Tuvo buenos empleos, inclusive gerente del ingenio azucarero, su espíritu rebelde no lo dejó ser empleado, se lanzó solo, luchó y triunfó. En agricultura hizo un capitalito que lo ha seguido aumentando. Es un gran trabajador. Se casó con Luz Muñoz y compró a sus hermanos su parte en La Marina.

Mis cuatro hijos, como lo llevo dicho son mi orgullo, los enseñé a trabajar y no perdí el tiempo. Cualquier otra personalidad en Colombia se sentiría honrado con tener cuatro hijos como los míos a quien todo el mundo respeta. ¿Y qué me queda hoy 3 de diciembre de 1975? Esperar tranquilo un día o un año de vida. Mi formación intelectual y moral que la debo a mis padres y a mis grandes esfuerzos, me han dado la paz conmigo mismo que es lo más difícil de alcanzar en esta vida. ¿Qué me



gustaron las mujeres? Ni lo niego ni lo afirmo. Fui hijo de mi padre. Y mi ascendencia y mi descendencia son mi honra.

Nota: este cuaderno fue de “Mamá Cotica” como le decían sus nietos y luego todos sus hijos. Estos son apuntes de ella por allá en el año treinta, me propuse no escribir sino lo que cupiera en este que lo llamó “el cuaderno de Alfredito”.

